



EL PRIMER FRACASO

Albert Rosbund

Albert Rosbund



SA

**PUNTO
ROJO**

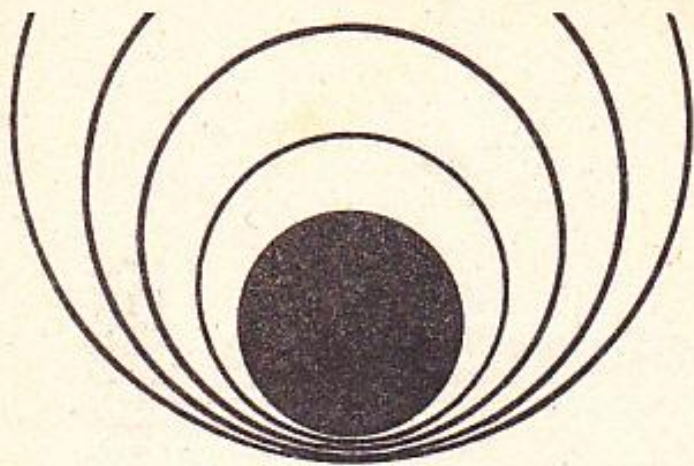
EL PRIMER FRACASO

Albert Rosbund

Amor Furioso



SA



PUNTO ROJO



ALBERT ROSBUND

EL PRIMER FRACASO

Colección PUNTO ROJO n.6 926 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S A,

BARCELONA • BOGOTA • BUENOS AIRES - CARACAS . MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

463. — Nube de pólvora.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

397. — La marca del cáñamo.

En Colección PUNTO ROJO:

923. — Lady Killer.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.534.— Estás solo cuando estás muerto.

ISBN 84*02-02520-X

Depósito legal: B. 37,507 - 1979

Impreso en España ■ Printed in Spain

1.* edición: enero, 1980

© Albert Rosbund * 1980

texto

© Jorge Sampere * 1980 cubierta

CAPITULO PRIMERO

La señora Winter trajo un bonito juego de café, de porcelana, en una bandeja. Sirvió las tazas mientras su esposo abrió su pitillera de oro y me ofrecía de fumar. Cuando terminaron las atenciones, él me expuso lo que querían:

—Deseamos que localice a nuestra hija.

Robert Winter era un hombre enjuto, de piel morena y abundantes cabellos canosos.

Sus ojos eran pequeños, oscuros, muy vivaces. Desde luego, había sobrepasado ya el medio siglo de vida, pero mantenía una fuerte vitalidad.

Había telefoneado aquella mañana a mi oficina, pero yo no me encontraba en ella, quedando grabado su encargo en el automático. A mediodía había llamado a su casa, quedando entonces citados para tomar café después del almuerzo.

El café preparado por la señora Winter era de primera calidad, muy exquisito, Ella daba la imagen de la perfecta dama, elegante y sobria, perfectamente cuidada, sin abusar del maquillaje ni de los artificios. Tendría media docena de años menos que su esposo, sus cabellos eran del color de! oro viejo y sus ojos azul oscuro.

Yo dejé la taza sobre su platito, le di una chupada al cigarrillo y pregunté:

—¿Qué ocurre con su hija?

La señora Winter miró a su esposo, esperando la respuesta. Robert Winter explicó:

—Mucho nos tememos que Debra se ha fugado con un chico,..

Y entonces ella se atrevió a hablar, agregando:

—He observado que en su cuarto faltan algunas ropas y un bolso de viaje. Y además, esta mañana se fue sin despedirse, sin que nosotros la viéramos, creo que para que no pudiéramos observar que se iba equipada.

—De todas formas —continuó diciendo Robert Winter—, hay algo más que nos hace temer esto. El otro fin de semana nos pidió permiso para irse por ahí... con sus amigas, dijo, pero tuvo la desgracia de que Norma —miró un instante a su mujer— se encontrara con una de ellas, Betty Lane, y se enterara que no había tal excursión. Total, discutimos y ella se quedó en casa. Creo que desde entonces estuvo rumiando su próxima salida. Esta.

El asunto no parecía muy original. Desparramé una aburrida mirada

por el salón, decorado con gusto y dinero, mientras exhalaba una bocanada de humo. Luego pregunté:

—¿Cuántos años tiene su hija, señor Winter?

—Diecisiete.

—Hum. ¿Hija única?

—Sí.

—¿Han dado parte a la policía?

—Desde luego que no. Por eso le hemos llamado a usted, señor Borman.

—¿Por qué?

—Comprenda. No queremos que esto trascienda. Debemos salvaguardar el honor de nuestra hija. Por eso deseamos que el asunto se lleve de una forma privada. Usted haga todo lo posible por encontrarla cuanto antes y regresarla a casa.

—Si lo hiciera antes de esta noche —añadió la mujer—, le doblaríamos sus honorarios.

Había mucho de desesperación en sus palabras. Yo hice cuentas mentales y casi me prometí a mí mismo que la encontraría esa misma noche. Ellos quedarían contentos con

el honor salvado de su hija y yo con los bolsillos llenos.

—Mis honorarios son elevados —observé.

—No importa —rechazó olímpicamente Robert Winter—, Los que sean.

Con gente así daba gusto trabajar. Me acomodé mejor en la butaca y seguí fumando.

—Vayamos por partes —dije—. ¿Pueden facilitarme una foto de su hija?

—Inmediatamente —se puso en pie la mujer, moviéndose con gran diligencia.

—¿Y... está seguro que se ha fugado con un chico?—le pregunté al

padre.

—Es lo lógico, si no se traía de sus amigas.

—Pero, ¿tiene novio?

—No.

—¿Sale con algún chico en particular?

—Sí. Creo que se llama Alan. Yo no le conozco.

—Yo sí —dijo la señora Winter, quien ya había regresado. Me alargaba una foto—. Le he visto en un par de ocasiones en la acera, esperando a Debra.

Yo observaba la foto. Se trataba de una joven bella, atractiva, de cabellos dorados y ojos azules, con un gran parecido a su madre. En sus pupilas todavía se podía leer cierta ingenuidad e inocencia.

—¿Qué me puede contar de él, señora Winter?

—Es un chico alto y desgarbado y desde luego bastante mayor que ella, siete u ocho años. Suele vestir ropas deportivas y sus cabellos son largos y castaños. Las dos veces que le vi, a través de la ventana, no saqué buena opinión de él.

—¿Por qué?

—No sé cómo explicárselo. Tenía un aire de... de pillo por no decir algo peor. Me dio la impresión de ser el clásico chico que está de vuelta de muchas cosas.

—Un aprovechado, hablando claro —terció con rotundidad Robert Winter. Ambos habíamos echado el tronco hacia adelante para apagar nuestros cigarrillos en el cenicero de cristal que descansaba sobre la mesita—. Por lo que Norma me ha contado no me extrañaría nada que se tratara de uno de esos vividores que hoy tanto pululan por ahí.

—Entiendo. ¿Y usted, señora Winter, no sabe nada más de él? Su nombre completo, dónde vive, todo eso...

—No, señor Borman. Si supiéramos todos esos datos, no le habríamos llamado. Robert hubiera ido allí y...

La frase quedó en el aire. Miré al hombre de la casa. Por la mueca de su rostro adiviné que no era hombre de acción y que de todas maneras

me hubiera llamado a mí.

—Desde luego, es muy poco para empezar —musité, echándole otra mirada a la fotografía.

—Le podemos dar los nombres y direcciones de las amigas íntimas de Debra —dijo la mujer—. Aunque yo ya he llamado a algunas y no he conseguido nada, tal vez usted sí.

—Usted ya sabe cómo son los jóvenes —intervino el hombre—. Se protegen entre sí contra nosotros los padres.

—Está bien. Acepto toda clase de datos.

La señora Winter se puso de nuevo en movimiento.

—¿Qué hace su hija? —le pregunté a Robert Winter—. ¿Estudia, trabaja...?

—Estudia.

—¿Hoy debía ir a la escuela?

—Sólo tenía una clase de ocho a nueve. Por lo que Norma ha hablado con las amigas, Debra estuvo en ella.

—Ya. Y desde entonces ni ha regresado a casa ni ha dado señales de vida.

—Así es.

—¿Qué lugares frecuenta su hija?

—Suele ir mucho a la discoteca «Golden Eye» —me respondió la mujer, quien ya había retornado llevando en sus manos una agenda, un bolígrafo y un trozo de papel. Tomó nuevamente asiento, colocando las cosas sobre su falda—. Allí va normalmente con sus amigas los fines de semana. El resto de los días tengo entendido que se reúnen en un bar llamado «Moon», no muy lejos de aquí, en la East 64th Street... Le apunto todos los datos en este papel, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza cuando ella ya comenzaba a copiar nombres y direcciones de la agenda. Tomé la taza de café, pero la infusión se había enfriado. Robert Winter, entretanto, extrajo su talonario de cheques.

—¿Cuánto quiere como adelanto, señor Borman? —me preguntó con

indiferencia.

—Ponga doscientos cincuenta.

No repuso nada. Escribió, rubricó y por último arrancó el cheque y me lo alargó.

Parpadeé sorprendido al leer la cantidad. Mil dólares.

—Ya le dije que no pienso regatear hada, señor Borman. Debra es lo único que tenemos y por otro lado gozamos de una más que saneada posición económica. Encuentre a Debra antes de esta noche y tendrá otro igual.

Tragué saliva con dificultad, imaginándomelo. La señora Winter me entregó en ese momento el papel, con cuatro nombres de mujer y sus respectivas direcciones, así como también sus teléfonos, Ambas cosas me las guardé en el bolsillo interior de mi chaqueta y luego palmeé mis rodillas, exclamando:

—¡Bueno, me pondré de inmediato a trabajar! —Y seguidamente me puse en pie.

Ellos me imitaron, acompañándome hasta la salida.

—Haga todo lo posible, señor Borman —insistió Norma Winter—. No podemos esperar a que el lunes regrese Debra convertida en... bueno, no quiero ni imaginarlo. Estoy convencida de que ese chico sólo quiere aprovecharse de ella.

—No se preocupen —dije, aunque no sabía muy bien en qué lío me iba a meter. Todo lo que había escuchado hasta entonces eran opiniones subjetivas. Podía resultar que el tal Alan fuera un buen muchacho, y que los dos jóvenes se quisieran de verdad, y yo, Clive Borman, no fuera entonces más que un estorbo, un estúpido asalariado sin ninguna razón de peso..., salvo aquel cheque por valor de mil dólares, con el cual unos padres timoratos querían hacer valer sus tontas represiones.

Pensar en todo eso me valió dolor de estómago. Cuando alcancé mi coche decidí mandar al cuerno mis negros pensamientos. Más tarde, según como se presentaran las cosas, va obraría en conciencia.

Arranqué, circulando por Park Avenue hacia abajo. Mi objetivo más próximo era el bar

«Moon», en la East 64th Street. No tardé mucho en llegar a él, pues el tráfico, a aquellas horas de la tarde, no era muy intenso. El sol pegaba aquel día fuerte y yo ya llevaba flojo el nudo de la corbata y desabrochado el cuello de la camisa, cosa que había hecho nada

más abandonar la suntuosa casa de los Winter.

El bar «Moon» se encontraba en una de las esquinas de Madison Avenue. Encima de él se levantaba una mole de apartamentos, a su derecha había una sucursal bancaria y a su izquierda el portal. Era un establecimiento pequeño, en el que se respiraba cierta intimidad. La clientela, en esos momentos, escaseaba. Una música suave como el terciopelo invitaba al romanticismo.

Me encaminé directamente al mostrador, atendido por un hombre de mediana edad, algo rechoncho, bigotudo, que entretenía el tiempo secando vasos.

—¿Qué va a ser, señor? —me preguntó, abandonando su tarea y mirándome con una sonrisa.

Le pedí un gintonic. Luego, mientras me servía diligentemente, agregué:

—También ando buscando a Debra Winter. Tengo entendido que frecuente este local.

—Oh, sí, Debra —asintió—. Pero hoy no la he visto por aquí. Pregúntele a Clark.

—¿Clark?

—Ese —me señaló un joven que ocupaba la mesa más cercana a nosotros. Se encontraba solo, bebiendo pensativamente una Coca-Cola—. Pertenece al grupo de Debra.

—Gracias, amigo. ¿Cuánto le debo?

—Tres dólares.

—Otra cosa —dije, mientras depositaba un billete de cinco dólares sobre el mostrador, como si en aquellos precisos momentos me viniera a la cabeza.

—¿Sí? —tomó el billete.

—¿Conoce usted a un tal Alan? Suele ir en compañía de la muchacha.

—¿De Debra?

Asentí.

—No, no me suena.

—Está bien. Quédese con la vuelta.

Tomé mi vaso y me aproximé a la mesa de Clark. Era un joven de dieciocho años a lo sumo, de tez morena y ojos claros. Sus cabellos negros estaban muy ensortijados.

—¿Puedo sentarme?

Alzó la cabeza para escrutarme mejor.

—¿Quién es usted?

—Clive Borman —respondí, dejando el vaso sobre la mesa y acercando una silla.

—No le conozco.

—Yo tampoco a ti. Pero sé que, al menos, eres conocido de Debra Winter.

Al oír el nombre de la muchacha se alteró, crispándose sus facciones.

—Debra... —musitó.

Tomé asiento sin que se opusiera y pregunté:

—¿Eres también amigo de ella?

—Aún no me ha dicho quién es usted y qué es lo que pretende —replicó secamente.

—Los padres de Debra están preocupados por ella. Al parecer, se ha largado de casa. Y

me han contratado para que la localice y la regrese a casa.

—¿Es usted detective privado?

—Sí.

El chico bebió un largo trago de Coca-Cola.

—Pues se ha equivocado al buscarme a mí. Es cierto que me gusta Debra, si es eso lo que le han contado, pero no sé nada de ella. Me dirige el mínimo de palabras ne-cesarias, no me hace el menor caso.

Clark se lo había dicho todo. Y todavía dijo más sin que yo le preguntara.

—Mejor será que busque a Alan Jasper.

Pensé que era un tipo afortunado. Sin proponérmelo había ido a dar con un enamorado de la joven que parecía estar bien informado y dispuesto a soltar la lengua.

—Alan Jasper —repetí como un eco. Ya sabía el apellido del fulano—. Los padres de Debra me hablaron de él. Parece ser que sale con ella.

—Así es —cabeceó Clark—. Con toda seguridad él conocerá el paradero de Debra.

—¿Quién es él? Los señores Winter apenas sabían de él.

—Tampoco yo sé mucho. Debra nos lo presentó en una ocasión. Según contó, se habían conocido en el autobús. También dijo que era un chico formidable, muy simpático, y que trabajaba como actor en un grupo independiente de teatro. ¡Bah! —exclamó despectivo—, A mi me pareció más un sinvergüenza.

Había estado escuchando sus palabras mientras bebía mi gintonic. Su opinión coincidía bastante con la de los Winter, aunque todo podía ser obra del resentimiento, los unos por perder las riendas de una hija, el otro por perder un posible amor...

—¿No sabes dónde podría encontrarlo? —pregunté.

—Creo que vive en Greenwich Village, pero no sé la dirección exacta.

—¡Vaya! —exclamé, un tanto fastidiado.

—Pero eso tiene rápida solución. Helen Woods la sabe. Estuvo una vez con ellos en su domicilio, lo comentó en una ocasión conmigo. Helen es la amiga íntima de Debra.

Saqué el papel que me había proporcionado la señora Winter y comprobé que Helen Woods figuraba en primer lugar.

—La madre de Debra me dijo que había hablado con algunas amigas y que éstas no sabían nada.

—Ya le dije que Helen es la amiga íntima de Debra. Protege a ésta. Pero no se preocupe, a mí me lo dirá —se puso en pie, rebuscando unas monedas en un bolsillo de su pantalón y agregando—: Suponiendo que esté en casa.

Le vi dirigirse al teléfono. Entretanto apuré mi bebida, reflexionando sobre cómo se iban desarrollando las cosas. Todo parecía extremadamente fácil.

Clark regresó con una sonrisa. Supe que había conseguido lo que quería.

—Dos Grove Street.

—Gracias, muchacho.

—No hay de qué. Creo que Debra está confundida respecto a ese Alan Jasper y espero no equivocarme. Por eso le he ayudado. No soy amigo de interferirme en la vida de los demás, pero en este caso...

Tomó de nuevo asiento, terminando de vaciar la botellita en el vaso.

—Yo también espero lo mismo que tú, Clark —me levanté, palmeándole en un hombro—. Hasta la vista.

—Suerte.

Abandoné el local tras hacerle una señal de despedida con la mano al *barman*. Poco

después me dirigía con mi «Ford» de segunda mano hacia Greenwich Village.

El dos de Grove Street hacía esquina con Hudson Street, muy cerca de la confluencia de ésta con Christopher Street. Era un edificio antiguo, de diez pisos, de paredes algo desconchadas y sucias. La portería la atendía una mujer casi anciana que hacía ganchillo.

—¿Alan Jasper? —dijo tras mi pregunta, mostrándome unas encías prácticamente vacías.

—Sí señora.

—Ese se marchó esta mañana, muy temprano.

—¿No sabe adónde... o cuándo regresará?

—¿Regresar? No. Creo que se iba de la ciudad. Anoche cerró su cuenta con el casero y hoy se ha ido definitivamente del piso.

CAPITULO II

La anciana portera sabía poco más. Alan Jasper era un inquilino poco hablador y además había sido el que menos había durado, escasamente un mes.

—Trabajaba en el teatro, ¿verdad?

—Eso decía, pero yo nunca supe dónde.

—¿Y amistades?

—Normalmente no venía nadie por aquí, con él, salvo una muchacha...

Y me dio su descripción, que coincidía exactamente con la foto que yo tenía de Debra Winter. Después, para asegurarme más, le mostré el retrato y la anciana exclamó:

—¡Ella es; sí, señor!

Ahí terminó ya definitivamente todo. Alan Jasper se había marchado para siempre de allí. Y eso me hizo pensar que tal vez la fuga de Debra Winter no fuera únicamente una escapada de fin de semana, lo cual todavía sería mucho más duro para sus padres. Ya de nuevo ante el volante de mi auto, me quedé meditando mis próximos pasos a seguir.

Decidí que no tenía más remedio que recurrir a las amigas de Debra. alguna de ellas, posiblemente la tal Helen Woods, supiera algo.

Escogí a Helen Woods por varias razones: porque estaba en primer lugar, porque era su amiga íntima y porque sabía que se encontraba en casa. La dirección correspondía a un lujoso edificio de Sutton Place, próximo al Queensboro Bridge. Un conserje que parecía un dandy me acompañó hasta el ascensor y me envió mu\ amablemente hasta el undécimo piso.

Allí ya me esperaba una doncella, pues habían sido avisados de mi visita. La empleada del hogar, una pelirroja de muy buen ver, me condujo a través del enorme y magnífico piso hasta depositarme en un confortable saloncito.

Tomé asiento y esperé, fumando un cigarrillo. Con alguno de los cuadros allí colgados yo ya hubiera sido feliz el resto de mis días. La alfombra invitaba a arrastrarse desnudo por ella, gozándola. El

cenicero era tan artístico que sentí cierto reparo de ensuciarlo.

Una puerta que había junto al pequeño mueble biblioteca, repleto de libros cuyos lomos brillaban como si acabaran de pasarles la bayeta, se abrió y dio paso a una jovencita de cabellos largos y castaños.

Me puse de pie con precipitación y eso originó que el cenicero se cayera del brazo de la butaca y la alfombra quedara manchada.

—Lo... lo siento —balbuceé, fastidiado.

—Es igual. No importa —dijo ella, avanzando hacia mí con la diestra extendida—.

Helen Woods.

Se la estreché, repitiéndole mi nombre. Luego me agaché y recogí el cenicero, apagando en él la colilla. Ella me invitó a tomar asiento nuevamente.

—Bien —exclamó la joven, entrelazando los dedos de las manos, una vez se hubo sentado frente a mí—. ¿De qué quiere hablar conmigo?

Poseía una mirada vivaz, chispeante, gracias a sus pupilas color aguamarina.

—Mi profesión es la de detective privado —respondí, dispuesto a sincerarme— He sido contratado por los señores Winter, los padres de Debra.

Nada más decir esto, ella se envaró un poco, observándome con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre con Debra? —preguntó, y su voz sonó algo distinta, enronquecida.

—Tú lo debes saber mejor que yo.

—Explíquemelo usted.

—Sólo sé lo que los padres me han contado. Debra se marchó esta mañana de casa sin despedirse, al parecer llevándose un bolso de viaje y algunas ropas. Sólo tenía clase de ocho a nueve, y como todavía no ha aparecido, todo hace suponer que se ha marchado de casa.

—¿Y bien?

—Sus padres quieren que la localice.

—Toda persona es libre de hacer lo que quiera.

—Ella es menor.

—Oh, ya salió eso.

—Y sospechan que se ha largado con un hombre.

—Qué terrible.

Ahora había cambiado por completo el tono de su voz: era completamente burlón.

—Mira, Helen —dije—. A mí me tienen sin cuidado esas cosas. Lo único que pretendo es realizar mi trabajo. La sospecha de que se haya largado con un hombre no es para mí más que una pista para poder dar con ella.

—Ya.

—Las virginidades me traen sin cuidado.

—Ajá.

—Pero tampoco me parece muy decente que un tipo engañe a una menor.

—Tiene usted un curioso código.

—No es nada del otro mundo. Y espero que nos podamos entender.

—¿De qué manera?

—Tú eres buena amiga de Debra.

—Sí.

—Entonces supongo que estarás dispuesta a ayudarla.

—En efecto —sonrió, agregando—: Por eso no pienso decirle nada.

No me inmuté.

—Las cosas no parecen tan sencillas... —comencé a decir.

—Lo son —afirmó ella con rotundidad—. Debra quiere a Alan y Alan

quiere a Debra.

—Y por eso se han ido a pasar el fin de semana juntos, ¿no es así?

—No se lo voy a negar. Ellos tienen derecho a ser felices. Los padres son muy egoístas, no sé hasta qué punto su comportamiento puede ser considerado como protección a los hijos... o posesión.

—En este asunto creo que hay alguna razón.

—La opinión es subjetiva. Que a los padres de Debra no les haya gustado Alan...

—No se trata de eso —la interrumpí yo ahora.

—¿Entonces?

—He averiguado algo que me ha dejado con la mosca tras la oreja.

—¿Qué?

—He estado en casa de Alan Jasper. Ese es el nombre completo del muchacho, ¿no?

—Sí. Y ha estado en su casa —achicó los ojos—. Me parece que ya sé por qué Clark me telefoneó...

—Chica lista.

—Ese idiota... así nunca conseguirá a Debra.

—Escúchame y sabrás por qué puede haber algo raro en todo esto.

—Está bien —aceptó.

—Como ya te he dicho, estuve en casa de Alan Jasper. No se encontraba allí...

—Lógico —me cortó con una sonrisita—. Se han marchado después de la clase de las ocho.

—Bueno, sí. Pero se han marchado para pasar juntos el fin de semana ¿no?

—Puede ser.

Helen Woods guardó silencio unos instantes, desenlazando tus dedos y

removiéndolos inquieta en la butaca.

—Eso nos puede llevar a deducir —seguí diciendo, aprovechando su mutismo— que se han fugado con ánimo de no regresar nunca jamás.

—¡No puede ser! —repitió la muchacha, vehementemente, casi brincando en su asiento.

—¿Por qué?

—Debra me lo hubiera dicho.

—¿Seguro?

—¡ Seguro! ¡Ella confía en mí ciegamente!

—Así pues, sólo te dijo que se iba fuera el fin de semana, ¿eh?

—Si.

—Entonces cabe pensar otra posibilidad, caso de que ella haya sido sincera contigo.

—¡ Siempre lo ha sido!

—Bien, bien. La otra posibilidad es la siguiente: Alan Jasper es un vividor. Después de pasar un par de días disfrutando con ella, la piensa dejar plantada.

—¡ Oh, no!

—Mucho me temo que sea así.

—¡Alan no puede ser capaz de eso!

—¿Lo conoces bien?

—Algo.

—¿Cuánto es ese algo?

—Las pocas veces que hemos coincidido. Incluso en una ocasión estuve en su piso. A mí siempre me pareció un chico simpático y divertido.

—Eso no significa nada. Todos los vividores parecen simpáticos y divertidos. Si fueran introvertidos, serios y pesimistas poco tendrían

que hacer.

—De acuerdo —se puso en pie, caminando dos pasos arriba y tres abajo, tal vez tratando de serenarse. Luego me miró fijamente, plantada frente a mí—. ¿Qué es lo que quiere?

—Ayuda.

—¿En qué sentido?

—Estoy seguro que tú sabes adónde han ido. Debra te lo confiaría, ¿no?

Vaciló.

—Lo sabes, ¿verdad? —insistí.

—¿Y qué piensa hacer? —me preguntó, saltándose la respuesta que a mí me interesaba.

—Buscarlos.

—Y regresar a Debra como si fuera una niña mala, cogida de la oreja.

—Posiblemente, por una vez y sin que sirva de precedente, sus padres tengan razón.

—Es obvio que usted está del lado de ellos,

—Ellos son quienes me han contratado.

—No me gusta su forma de actuar ni de ser.

—Lo lamento —me encogí de hombros—. Pero yo solicito tu ayuda... porque tal vez Debra se encuentre en peligro. Las cosas no están muy claras.

—Eso lo dice usted para que yo pique.

—Vamos, Helen, no soy de los que engañan. Tú misma estás indecisa, dudas. Acabas de comprobar que los hechos resultan un tanto extraños.

Nuevamente se paseó por la sala, ante mis ojos, evidenciando su nerviosismo.

—¿Qué prefieres: esperar al lunes, cuando tal vez las cosas no tengan

remedio? —volví a la carga. Era el momento de ser o no ser.

Helen Woods se decidió;

—Debra tenía ilusión por pasar el fin de semana en Long Island, más concretamente en la playa de West Meadow. Por esa zona tiene una finca su padrino. Phil Hyams, en donde se recluye cuando tiene mucho trabado y a la que suele invitar en múltiples ocasiones a Debra. Ella está enamorada de ese lugar, le parece paradisíaco.

—Ajá. Así que allí iban a pasar su romance de fin de semana, ¿eh?

—Eso me dijo.

—¿Dónde exactamente?

—No lo sé.

—¿Acaso en la finca del padrino?

—No lo sé, de verdad. Por lo que me comentó, creo que su tío Phil, con el que tiene una gran confianza, les recomendaría algún lugar discreto. El conoce mejor que nadie aquella zona.

—Bueno va tenemos otro implicado en el asunto. ¿Conoces el sitio exacto donde vive?

Antes de volverme loco preguntando por toda la playa, me dirigiré a él.

No tuvo inconveniente en facilitarme la dirección, Ella había estado allí en varias Oportunidades con Debra.

—Espero que lleve este caso con tacto, señor Borman. Tal vez no haya nada raro en todo ello y estropee un par de días felices en la vida de Debra. Hoy día es cada vez más difícil encontrar la felicidad.

—Lo tendré en cuenta.

—Y téngame al corriente de cuanto suceda. Creo que tengo derecho.

—Lo haré.

—Bien. Creo que eso es todo lo que quería, ¿no, señor Borman?

—Sí. Gracias.

Me tendió su diestra y yo se la estreché en señal de despedida. Desapareció como una reina por la misma puerta por la que media hora antes había aparecido.

Durante unos segundos estuve indeciso. Luego, otra puerta se abrió y surgió la doncella pelirroja.

—Por favor, señor..

Ella fue la encargada de llevarme hasta la salida, aguardando a que el ascensor subiera.

Al cerrarse las puertas, ella me dedicó una sonrisa de despedida.

Camino de Long Island tuve mucho tiempo para pensar en el curioso lugar donde había estado y en la curiosa forma de ser de una hija de familia bien.

Ya por el condado de Nassau tuve que encender las luces del auto. El anochecer caía rápidamente sobre el paraje. Mi coche se deslizaba velozmente por la Jericho Turnpike, tragando millas y más millas.

Una vez ya en el condado de Suffolk, cuando abandoné ya Jericho Turnpike y tomé la North County Road, algo me asaltó la mente. Si el tal Phil Hyams era el padrino de Debra, por lógica debía ser buen amigo, al menos, de los padres de la joven. ¿Cómo es que no los había puesto en antecedentes?

La playa de West Meadow se encontraba más arriba de Stony Brook, en la Smithtown Bay. El lugar aparecía tranquilo, silencioso, salpicado de múltiples casitas, bungalows, algunos moteles y restaurantes. La residencia de Phil Hyams se hallaba en el norte, cercana al Crane Meck Point, el cabo que cerraba el recodo de la playa.

Pude aparcar sin ninguna dificultad frente a la finca del padrino de Debra. Era una edificación de dos pisos, con garaje, rodeada de unos cuidados jardines, todo ello sólidamente cercado.

La verja de entrada estaba abierta y penetré en el recinto mientras encendía un cigarrillo. Corría una suave brisa y realmente el lugar invitaba al romance. Una vez recorrido el corto sendero asfaltado, me planté ante la puerta, pulsé el botón del timbre.

Consumí el cigarrillo esperando que me abrieran. Nadie lo hizo y eso me extrañó.

Desde allí mismo podía ver abierto el garaje y dentro de él un formidable «Cadillac» de color oscuro. El dueño debía estar en casa..., o tal vez hubiera salido a dar una vuelta, paseando.

Decidí entonces recorrer la casa. El ala izquierda estaba completamente a oscuras. En la parte posterior, totalmente tapiada, había una piscina de no más de veinte metros de larga. Observé que la terraza de arriba servía perfectamente de trampolín. La sorteé y seguí adelante. En el ala derecha sí había una luz. Acerqué mi rostro a la ventana y pude ver con todo detalle al hombre despatarrado que había en mitad de la estancia. Se encontraba en mangas de camisa, todo el pecho manchado de sangre.

CAPITULO III

Intenté forzar la ventana, pero no pude. Por un instante pensé en romper el cristal.

Luego decidí retornar a la puerta de entrada y, con la ayuda de una tarjeta de crédito, conseguí que el pestillo de la cerradura cediera, no costándome la faena más de un minuto.

Penetré en la casa como un huracán, tras encender la luz del recibidor, siempre la mano protegida por el pañuelo. Cuando llegué a la estancia iluminada comprobé que no había visto visiones. El hombre continuaba despatarrado sobre el parquet del suelo, boca arriba, los brazos casi en cruz. De un rápido vistazo me cercioré de la causa de su muerte; dos balazos muy cerca del corazón.

Por último me fijé bien en sus desencajadas facciones. Era ya un hombre maduro, de unos cuarenta y tantos años, con un espeso bigote sobre el labio superior y barbilla muy afilada. Sus pupilas, ahora horriblemente dilatadas, debían haber sido de un bonito azul claro.

¿Phil Hyams, el dueño de la casa? Posiblemente. ¿Tenían algo que ver con esto Alan y Debra? Esta segunda pregunta preferí no responderla y a partir de entonces comenzó a atormentarme.

Desparramé mi mirada sobre todo cuanto me rodeaba. La estancia no parecía haber sufrido ninguna violencia. Todo daba la impresión de encontrarse en su sitio. Pre-dominaba la sencillez y el buen gusto. Sólo consideré que una de las sillas había sido desplazada de su sitio habitual, pues no se hallaba guardando simetría con su pareja.

Luego, al girar el rostro, creí ver una sombra en la ventana.

Corrí hacia ella y abrí, asomándome con el ceño fruncido. Nada. No había rastro de un alma. Todo estaba quieto, tranquilo, silencioso.

Cerré, y decidí inspeccionar toda la casa, siempre procurando borrar las huellas con el pañuelo. En la cocina y en el dormitorio, todo estaba normal. El despacho, en cambio, era otra cosa muy distinta.

Por allí parecía haber pasado una tropa de vándalos. Muebles destrozados, carpetas y papeles desparramados por el suelo..., pero lo más significativo era lo de la caja fuerte, la cual ahora se hallaba abierta y desvalijada, mientras que antes debía encontrarse cubierta por un cuadro que se hallaba desplazado a la derecha. Este cuadro era

un perfecto retrato del hombre que yacía muerto en el salón. Eso me hizo llegar a la convicción de que el cadáver era Phil Hyams.

En la caja fuerte no había absolutamente nada. Estaba limpia por completo.

¿Motivo del asesinato? Robo. Esa parecía ser la lógica explicación.

Me quedé durante unos instantes contemplando todo cuanto me rodeaba, sin poder sacar ninguna otra conclusión. Pensar en Alan Jasper y Debra Winter me hacía sentirme mal. Desde luego, el comportamiento de Alan Jasper era sospechoso..., pero Debra acostumbraba a ser sincera con su amiga íntima Helen. ¿Era posible que ambos se hubieran puesto de acuerdo para robar al padrino, incluso llegando a! asesinato, y así contar con buenos dividendos para su fuga? ¿Por qué, entonces no le robó Debra a sus padres? Eso le habría resultado mucho más fácil.

Opté finalmente por dejar de calentarme la cabeza. Abandoné el semidestrozado despacho y subí al piso superior. Aparte una buhardilla o cuarto trastero, todo él estaba prácticamente ocupado por una especie de laboratorio químico, con una pequeña antesala o despachito donde había numerosos archivadores metálicos, una mesa escritorio, un mueblé biblioteca repleto de libros, un sillón giratorio y dos sillas.

Hasta el laboratorio también habían llegado las iras de ios vándalos. Probetas, tubos de ensayo y demás objetos propios del lugar se hallaban esparcidos por el suelo convertidos en cristalitos. Líquidos de diversos colores y también de distintos olores manchaban las mesas y el piso. Todo aquello comenzó a resultarme muy raro.

Volví a la planta baja con preocupación, meditando si debía o no llamar a la policía. Mi obligación era hacerlo..., pero entonces tendría que dar una serie de explicaciones, con lo cual Debra Winter y Alan Jasper se iban a ver seriamente involucrados. Y de hecho no tenía ninguna prueba de que fueran culpables.

Finalmente decidí llamar a la policía y denunciar el suceso anónimamente. Era conveniente que se pusieran a trabajar cuanto antes.

Después, le dediqué un último vistazo al cadáver. Tal vez todo fuera una cadena de coincidencias. Poco o nada sabía sobre Phil Hyams. Posiblemente tuviera sus enemigos personales, posiblemente se tratara del acto de un ladrón o ladrones ocasionales, desequilibrados, sin que

Alan Jasper y Debra Winter hubieran intervenido para nada.

Salí de la casa con precauciones, sin ver a nadie. Con paso rápido alcancé la verja, abandonando definitivamente la propiedad. Encendí un cigarrillo, para serenar algo los ánimos, caminando hacia mi auto estacionado. Me encontraba un poco descentrado, ésa es la verdad, por cuanto nunca había tropezado en mi vida profesional con un caso de asesinato. Los detectives privados no solemos tratar estos asuntos, salvo los de los telefilmes y los largometrajes, pues éstos son de otra pasta.

Una vez en el coche, lo puse en marcha, jugueteando con el pedal del ascensor mientras miraba por última vez la finca de Phil Hyams. Finalmente bajé la ventanilla, arrojé la colilla y arranqué.

Perdido nuevamente el rastro de la pareja, mi idea era volver junto a mis clientes y ponerles en antecedentes de lo que sucedía. Por ello giré el volante del coche, dispuesto a dar media vuelta.

Y entonces surgió aquella mujer asustada, colocándose delante del morro de mi auto, perfectamente iluminada por los faros, haciéndome señas para que me detuviera.

CAPITULO IV

—¡Por favor, deténgase! ¡Por favor...!

Me detuve, por supuesto. Caso contrario, la hubiera atropellado.

Ella en seguida abrió la portezuela del otro lado y subió al asiento contiguo al mío.

Yo estaba un poco aturdido por lo inesperado del suceso. La mujer gritó:

—¡Arranque, arranque!

Lo hice, pero no avanzamos más allá de una milla, lo suficiente para alejarse del lugar del crimen.

—¿Por qué se para? —preguntó ella, alarmada.

—Creo que no nos hemos presentado —repliqué, observándola ahora con mayor detalle.

Era una mujer trigueña, de unos veintisiete años de edad como mucho. Tenía unos ojos color miel, una nariz fina y recta y una boca

pequeña, de labios gordezuelos, todo ello en un rostro ovalado, de tersa piel. Vestía unos pantalones azules y un jersey blanco que modelaba perfectamente su busto alto y firme. El bolso de piel de cocodrilo descansaba sobre su regazo y lo apretujaba con sus manos nerviosamente.

—¡Sigamos, por favor, sigamos! —pidió—. ¡Todavía no nos hemos alejado suficiente!

Yo arqueé una ceja, no haciéndole caso en esta ocasión y preguntando:

—Pero, ¿qué ocurre?

—No tengo ahora tiempo. ¡Alejémonos, por favor!

—Parece que usted teme algo. No se preocupe, está en buenas manos, y explíqueme qué pasa.

Ella dudó un instante.

—Salí con un hombre que conocí el otro día. Hoy comenté que me gustaba el mar y me trajo aquí, a la bahía. Estábamos solos, a oscuras, y de pronto le entró la locura, por llamarlo de algún modo. Quiso sobrepasarse y yo logré escapar como pude, corriendo cuanto daban de sí mis piernas. Finalmente tropecé con usted y... y el resto ya lo sabe.

—Ajá. Entiendo.

—¡Vayámonos! ¡El estará buscándome con el coche! ¡Yo le despisté momentáneamente al atravesar una zona por la que no podía circular!

—Tuvo suerte al cruzarse conmigo.

—Sí, pero si no nos alejamos lo suficiente esa suerte de poco me servirá.

—Aún no me dijo su nombre.

—Glenda Horton. ¡Y póngase en marcha de nuevo, por favor!

—Yo voy a New York. ¿Y usted?

—También.

—Estupendo.

Atravesamos todo lo que quedaba de Long Island en silencio. Conforme nos adentramos en New York, ella se fue calmando y prueba de ello es que abrió su bolso, sacó una cajetilla de cigarrillos y encendió uno. Yo me fijé en su mano, observando que"

no temblaba un ápice.

—¿Manhattan? —pregunté.

—¿Cómo? —salió ella de su abstracción.

—Si vive en Manhattan...

—Sí, sí.

—¿Dónde?

—En Gramercy.

—Muy bien.

Dejamos atrás Queens gracias al Queensboro Bridge. Cuando íbamos por encima de la Roosevelt Island, ella volvió a hablar para preguntarme:

—¿Y cuál es su nombre? Si no recuerdo mal, yo le dije mi nombre...

—Tiene razón. Me llamo Clive Borman.

—¿Y qué hacía por aquellos lares? ¿Tal vez le abandonó una chica?

—Ya la veo mucho más animada —sonreí—. No, no me abandonó ninguna chica.

—¿Entonces?

—Estuve de visita.

—¿Una mujer?

—No, no. Sigue equivocada. Acudí a ver a un amigo. Hacía tiempo que no nos veíamos y me invitó a tomar una copa, charlar, recordar los viejos tiempos, usted ya sabe...

—Ajá. Supongo que pasó un rato agradable.

—Sssí.

—Yo, en cambio...

—¿En qué parte de Gramercy vive?

Habíamos salido a la Second Avenue y nos encontrábamos detenidos ante un semáforo.

—En la East 27th Street, entre Lexington Avenue y Third Avenue.

—Okey —asentí, arrancando de nuevo al darnos paso la luz verde.

—Espero no estar molestándole en demasía—dijo ella al momento—. Tal vez tuviera alguna cosa importante que hacer...

—No.

—Me gustaría invitarle a tomar una copa .en mi apartamento.

—¿Después de lo ocurrido se atreve a tener otra experiencia con un hombre?

—Sería demasiado equivocarme dos veces seguidas. Además, usted no creo que sea de éstos. Durante el camino pudo... Bueno, para qué pensarlo. ¿Qué decide?

—No. Otro día.

—Está bien. Como quiera. No insistiré. Pero si no acepta, es que algo tiene que hacer.

—Llevo un día bastante agitado y sólo tengo ganas de descansar —me excusé, pensando que oportunidades como aquéllas, de pasar el rato junto a una belleza como Glenda Horton, pocas se me iban a presentar más, Pero el cadáver de Phil Hyams no me lo podía quitar de la mente así como así—. Me temo que le aguaría él momento.

Ella se encogió de hombros, apagando seguidamente la colilla en el cenicero que había en el tablier. Me fijé que se había fumado hasta parte del filtro.

—¿Es muy pesado su trabajo? —me preguntó, mirando al frente—. No me ha dicho cuál es su profesión.

—Usted tampoco —objeté.

—Es verdad. Trabajo como secretaria en unas oficinas de materiales de construcción.

Una labor bastante rutinaria y monótona, ciertamente.

—La mía, a veces, puede resultar entretenida y excitante. Soy detective privado.

—Oh, como los de las películas.

—Pero en tono menor. No todo lo que cuentan en los telefilmes es verdad.

—Me gustaría que aceptara esa copa y me contara casos resueltos por usted. Puede ser emocionantísimo.

—Ya hemos llegado —exclamé, saliendo por la tangente. Había detenido el coche junto a la acera existente entre las dos avenidas.

Ella me miró, componiendo una mueca de desilusión.

—Nunca me habían rechazado de esta forma —rezongó.

—Le prometo que en otro momento quedaremos para tomar una copa y le relataré muchas de las cosas que me han sucedido durante mi vida profesional.

—Bueno —dijo, apoyando su diestra en la manija de la portezuela—. Mi teléfono lo puede encontrar en la guía. Vivo en el número ciento cincuenta y ocho.

—No lo olvidaré.

—Hasta la próxima —abrió por fin—. Y gracias por todo, señor Borman.

—Clive para usted.

—Espero que nos volvamos a ver, Clive —salió definitivamente del auto. Cerró la portezuela y me hizo una seña! de despedida con una mano.

Arranqué rápidamente, pues tenía prisa por llegar a la casa de los Winter. La aparición de la muchacha no me había descentrado del caso que llevaba entre manos, el cual había tomado un giro insospechado.

Los Winter ya habían cenado cuando llegué a su vivienda. En aquellos momentos gozaban de su televisor en color, de veintiséis pulgadas, con mando a distancia, sentados confortablemente en sus butacas, él

fumando un cigarro de Virginia y ella saboreando una copa de champaña francés.

Me miraron muy sorprendidos, una vez la doncella me colocó ante ellos. «Los Angeles de Charlie» dejaron instantáneamente de tener interés.

—Señor Borman... —musitó el dueño de la casa, quitándose el cigarro de los labios.

—¿Cómo tan pronto por aquí? —exclamó la mujer—. ¿Hay alguna novedad?

—Tengo unas cuantas cosas, en efecto —asentí, tomando asiento sin pedir permiso—.

¿Prefieren la bobadita de la tele o una historia cruda y real?

Lo dije porque el sonido estaba verdaderamente alto. Al momento el señor Winter apretó el botón del mando a distancia y los tres ángeles desaparecieron.

—¿Qué ha averiguado? —me preguntó con cierta ansiedad la señora Winter,

—Por lo que he sonsacado parece claro que su hija se ha ido con ese muchacho llamado Alan. Su nombre completo es Alan Jasper y dice ser actor teatral. He ido a su domicilio, pero ya había hecho sus maletas, cerrando su cuenta de alquiler. Por otro lado supe que su hija está enamorada de la zona donde tiene su finca su padrino, un tal Phil Hyams, y le hacía ilusión pasar allí el fin de semana,

—¡Hyams! —exclamó con los dientes apretados Robert Winter.

—Supongo que ustedes le conocen...

—¡Claro! —asintió el dueño de la casa—. Fue cuñado mío. Estuvo casado con mi hermana Lorelei. Ella se enteró que le engañaba y obtuvo el divorcio.

—Ahora está muerto —dije, creando un silencio de tumba.

CAPITULO V

Los dos se quedaron de piedra incapaces de articular palabra alguna. Yo dejé correr un largo y tenso minuto para finalmente agregar:

—Su hija y el tal Alan tenían pensado ir a esa parte de Long Island. Al parecer ella le profesaba mucho cariño a su padrino y quería que le recomendara un lugar para pasar el fin de semana. Esa es la razón que me impulsó a visitar a Phil Hyams. Y cuál fue mi sorpresa al encontrarme una parte de su casa revuelta... y él, muerto. Asesinado.

Robert Winter se había envuelto en una nube de humo, pero a pesar de ello podía apreciar su palidez. A su esposa había comenzado a temblarle el vaso en la mano, tanto que se puso en pie, se acercó a la mesa y allí lo depositó. Luego ya no quiso volver a sentarse. Se quedó frente a mí, de pie, estrujándose las manos, sus pupilas reflejando un intenso horror.

—No no habrá pensado que... que Debra tiene algo que ver con... con eso...- —

balbuceó.

—Es lo que me estoy preguntando desde que hice el trágico descubrimiento.

—¡ Es una tontería pensar una cosa así! —estalló el hombre de la casa, sacudiendo nerviosamente la ceniza de su cigarro—. ¡Debra es incapaz de un acto de ese tipo!

—¿Y Alan Jasper? —pregunté.

Nueva consternación en ambos, intercambiando miradas que eran un poema.

—Debra no lo hubiera permitido —habló al fin la mujer—. Usted mismo lo dijo; ella le tenía un gran aprecio a su padrino. Jamás le hubiera hecho daño... o hubiera permitido que alguien se lo hiciera.

—No sabemos cuáles son actualmente las relaciones entre Alan y Debra —objeté.

—¿Qué quiere decir? —indagó la señora Winter,

—Si esto ha sido obra de Alan Jasper, no sabemos por qué razón, posiblemente Debra ya se haya dado cuenta de la ciase de fulano que es... y a lo mejor las cosas no le van del todo bien.

—¡ Tiene que encontrarla! —gritó el padre.

—Eso he estado haciendo desde esta tarde —repliqué, sin perder la

serenidad—. Pero lo mío no son los asesinatos. Un caso así pertenece a la policía.

—¿Habló con ella? —me preguntó Robert Winter, apaciguando su tono de voz.

—Les avisé anónimamente. Si daba la cara, tendría que contarles lo que sabía, y eso hubiera sido comprometer a Debra de buenas a primeras.

—Oh —suspiró ella.

—Menos mal —suspiró a su vez él.

—¿Continuará con el caso, Señor Borman? —preguntó la mujer.

—Su hija todavía no ha aparecido, por tanto seguiré buscándola.

—Gracias.

—De todas formas, y volviendo al crimen de Phil Hyams, hay algo que no entiendo.

—¿A qué se refiere?

—Su marido, hace un rato, antes de que les comunicara su muerte, no se expresó de muy buenos modos al referirse a Phil Hyams. Por otro lado, su hija pensaba confiarse a él, de lo que deduzco que ella estaba convencida de que su padrino no iba a traicionarla. ¿Es

que ustedes y él no se llevaban bien?

—A raíz de su divorcio, rompimos casi totalmente con él —me explicó Robert Winter—.

Por ese entonces Debra era bastante pequeña y prácticamente no se enteró de la cruda realidad. Como siempre había estado muy unida a él, decidimos que era conveniente no cortar ese lazo, y ellos han seguido viéndose muy a menudo.

—Así que ese... ese degenerado iba a hacer de alcahuete —masculló la mujer, sin poder contenerse—. Creo que nos equivocamos al permitir que siguieran viéndose.

Seguro que fue él quien inculcó ese tipo de... ideas en nuestra niña. No se podía esperar menos de un amoral como Phil Hyams.

—Me dijo que engañaba a su hermana —miré a Robert Winter, invitándole a hablar más extensamente sobre el tema.

—Sí, es cierto. Phil Hyams era un hombre muy entregado a su trabajo, casi obsesionado por él, una especie de pequeño genio. Y cuando buscaba esparcimiento, ocio, al parecer no tenía suficiente con su mujer. Frecuentaba féminas de la vida de la farándula, con las que tenía breves flirts. Lorelei, mi hermana, lo supo y decidió cortar por lo sano. Obtuvo el divorcio fácilmente, pues aportó un par de pruebas muy claras, sin apelación posible. Phil Hyams se quedó con el rabo entre las piernas y le dejamos definitivamente fuera de nuestra familia. Un amoral como él, por muy genio que fuera, era una vergüenza para los Winter.

En su casa vi montado una especie de laboratorio. ¿Cuál era su trabajo?

—Químico. Trabajaba en los laboratorios de la industria «Argos», dedicada preferentemente a los plásticos.

—Ajá.

—Pero volvamos al tema de Debra, nuestra hija, señor Borman —terció una vez más la señora Winter—. Es lo que a nosotros verdaderamente nos interesa. Tiene que dar con ella, liberarla de ese tal Alan Jasper.

—Y también salvarla de cualquier inculpación en el asesinato de Phil Hyams —agregó el dueño de la casa, apagando su cigarro en el cenicero—. Es de suponer que cuando la policía comience a investigar, vendrán aquí a hacernos preguntas. Si Debra no ha aparecido para ese entonces, podía verse involucrada.

—Haré todo lo posible por localizarla, continuando con el asunto, pero antes, ya que son ustedes quienes me pagan, quería ponerlos en antecedentes porque las cosas no parecen ser tan sencillas como al principio.

—Ha hecho bien —dijo Robert Winter—. Así no nos cogerá de sorpresa la policía.

—De todas formas —chasqué la lengua con pesar—, poco tengo para seguir con el caso. Su hija se marchó con Alan Jasper, tal vez a algún lugar de Long Island, y quien posiblemente me lo hubiera dicho, está muerto. Revolver Long Island puede ser una tarea de locos.

—Creo que el precio lo justifica.

—No tengo pegas a ese respecto.

—Entonces esperamos unos resultados más optimistas, señor Borman.

Más o menos me estaba dando a entender que me pusiera en pie y siguiera buscando a su hija. Y como el que paga, manda, eso fue lo que hice.

Me despedí de ellos prometiéndoles tener al corriente de los nuevos acontecimientos

que surgieran, reiterando por su parte una vez más que Debra no podía tener nada que ver con el asesinato de Phil Hyams. Yo debía encontrarla y demostrarlo, por si las moscas.

Como todo ser humano que camina sobre los dos pies y piensa, uno necesitaba su ración de alimento, dadas las horas de la noche que eran. Por eso me acerqué al bar-snack de Leo Purcell, en Vesey Street, a dos manzanas escasas del lugar donde se halla mi oficina.

Leo era un hombre regordete y simpático, de ojos vivaces. No tenía mucha clientela y me atendió con el mimo de casi siempre. Después de hacerle el pedido, le rogué que me trajera el teléfono a la mesa, pues tenía que realizar unas llamadas urgentes. Cuando lo trajo, yo ya tenía ante mí desdoblado el papel que me proporcionara la señora Winter.

Seguidamente marqué el número de Helen Woods.

Yo no era la policía para organizar todo un enorme despliegue por Long Island con el propósito de localizar a la pareja..., caso de que estuvieran allí. Pensaba que por otros caminos también podía llegar a ellos. El comportamiento de Alan Jasper me preocupaba y consideré que debía averiguar más sobre él, tratar de dar con amistades suyas, gente que le conociera de tiempo y pudiera hablarme con seguridad acerca de su persona: hasta ahora sólo había obtenido opiniones subjetivas de personas que apenas le habían tratado, algunas sólo le habían visto de lejos. Tal vez el joven tuviera otras ideas, muy diferentes a las de pasar un fin de semana romántico. Y eso me lo podía aclarar algún allegado a él.

—¿Qué hay, señor Borman? —escuché por fin la voz de Helen Woods, tras aguardar que la doncella le pasara el recado—. ¿Tiene alguna novedad?

—Hum, según se mire. Estuve en la dirección que tú me facilitaste, en la finca de Phil Hyams, y allí no parecía haber nadie. No me abrieron.

—Oh.

—Pienso que a lo mejor ellos tampoco encontraron a Phil Hyams.

—Es posible. ¿Y qué es lo que quiere?

La chica no era tonta.

—Verás... Por parte de Debra, no parece haber grandes misterios. Cogió el portante dispuesta a pasar un fin de semana con su enamorado, a ser posible en Long Island, pero sin especificar el lugar. Tú, que eres su amiga más íntima, no lo sabes...

—No, no lo sé. De verdad.

—En cambio, Alan Jasper se largó de su domicilio para siempre, cosa que me extraña.

Me gustaría investigar más sobre ese joven, pero desgraciadamente tengo muy pocos datos para empezar. En su antigua dirección, según me contó la portera, apenas le conocían, pues llevaba muy poco tiempo. Los padres de Debra tampoco tienen referencias. Clark me habló de que era actor de teatro, de un grupo independiente... ¿Tú puedes aportarme algo más concreto?

—La verdad es que... no sé mucho más. El decía eso, que era actor teatral, pero nunca, que yo recuerde, le oí nombrar el grupo del que formaba parte o el local donde trabajaba.

—¿Y sus amistades?

—No conocí ninguna.

—¿Debra no te habló de alguien?

—No. Decía que llevaba poco tiempo en la ciudad y que su única amiga era ella.

—Ajá. Oye, yo tengo aquí los nombres de otras tres amigas de Debra. Me los facilitó su madre. Pat Carson, Linda Gregson y Elsie Johns. Pienso que como no me conocen, se pueden mostrar recelosas, tal vez tardara tiempo de convencerlas..., por tanto creo que tú podrías hablarles y entre las cuatro tratar de recordar algo sobre Alan Jasper.

Ella no dijo nada. Yo agregué:

—¿Te parece bien?

—Bueno —respondió con cierta desgana. Era evidente que no estaba muy convencida de que ayudándome a mí, ayudaba a su amiga del alma.

—Entonces te llamaré mañana a primera hora. Tenéis toda la noche para pensar.

Gracias, Helen.

Cuando colgué, Leo ya me había traído la hamburguesa y la cerveza. Se sentó junto a mí porque no tenía a nadie a quien atender y durante un buen rato estuvimos charlando sobre las carreras de caballos, su gran afición.

Al tomar de nuevo el coche para dirigirme a mi casa, tuve la impresión de que me seguían. Un «Mercury» negro parecía no despegarse de mí en ningún momento. Un poco mosqueado, decidí comprobar si mis sospechas eran realidad y comencé a dar vueltas sin ton ni son. Pronto suspiré aliviado. El «Mercury» me abandonó en seguida, siguiendo su ruta. Me pasé una mano por el rostro, pensando que me estaba dejando llevar por los nervios y la tensión. Lo mejor sería descansar, dormir a pierna suelta, y olvidarse durante unas horas de quinceañeras enamoradizas y genios amorales asesinados.

Al día siguiente, ya duchado y desayunado, encontrándome con nuevas fuerzas y ganas, lo primero que hice fue telefonear a Helen Woods. No quería que se me escapara de casa, que ya se hubiera marchado a la escuela.

Estuve afortunado, y no sólo por hallarla en su domicilio.

—Señor Borman —me dijo, cuando se puso al aparato—, tengo buenas noticias para usted.

—¿De qué se trata?

—Estuve hablando anoche con Pat, Linda y Elsie. Ninguna recordaba nada significativo de momento. Pero este amanecer me telefoneó Linda. Dice que la única vez en que departió con Alan y Debra, este comentó que estaba representando una obra de vanguardia titulada «Los consumidos».

—¿Sólo eso? —inquirí un poco desilusionado.

—No hay más, por el momento. De todas formas, pienso que le sirve para empezar.

Entérese dónde se está representando esa pieza teatral.

Desde luego, eso era lo que tenía que hacer. Primero, por si acaso, le eché una mirada a los periódicos. Como era de imaginar ningún teatro importante de Broadway ofrecía esa obra. Entonces decidí entrar en contacto con un agente teatral, Bruce Cowan, al que había conocido unos años atrás, por asuntos de mi profesión.

El tipo ya me había olvidado y no tuve más remedio que refrescarle la memoria, invitándole al bar de la esquina, ya que en aquellos momentos se hallaba desocupado. Era un individuo de mediana edad, bastante magro y con escaso cabello.

—No me suena esa obra —fue lo primero que me dijo cuando le expuse lo que quería—. «Los consumidos». Hum. De verdad que no. ¿Y dice que es de un autor van-guardista?

—Sí. No sé su nombre. Y posiblemente se esté representando en algún teatro de poca monta, por un grupo independiente, de esos que malviven con su profesión.

—Entonces tal vez lo sepa Burbank.

Burbank, según me contó, era un compañero suyo que trabajaba para los grandes empresarios y productores con la misión de buscar nuevos talentos. No se perdía ni las representaciones callejeras, en los mismos parques, un tanto improvisadas.

Yo me quedé terminando mi combinado mientras él telefoneaba. Volvió con una sonrisa que hizo renacer en mí la esperanza.

—Tuvo suerte —me dijo—. Burbank ya los ha visto. Tiene su ficha. No son ninguna gran cosa.

—Al grano —me impacienté.

—Trabajan en un teatrillo del East Village, cercano al Bowery. «Jones Theatre», y se encuentra situado en la calle del mismo nombre.

Desde hacía tiempo no pagaba unas copas con tanto gusto. Me alejé de allí satisfecho de los resultados obtenidos.

Una vez en el coche, de nuevo tuve la desagradable impresión de que alguien iba detrás de mí. Ahora se trataba de un «Chevrolet» color beige. Al detenernos ante un semáforo, él justo tras de mí, pude observar al conductor por el espejo retrovisor. Era un sujeto corpulento que protegía sus ojos con gafas oscuras. Permanecía impasible.

Todo no pasó de ser una ligera sospecha. Cuatro manzanas más adelante, yo viré a la derecha, tomando Broadway, y él continuó hacia Murray Hill. Más tranquilo llegué hasta el teatrillo de Jones Street.

Era un edificio antiguo, con más aires de panteón que de teatro, que casi hacía esquina con Lafayette Street. Sólo había un rótulo anunciador y las taquillas, por supuesto, estaban cerradas, al igual que el local. Pero yo no estaba dispuesto a esperar hasta la tarde y confiaba encontrar a alguien. Mientras aparcaba el coche observé como por una puertecilla mal disimulada se colaba un joven melenudo, alto, que vestía pantalones vaqueros y una camisa amarilla como un limón.

Poco después yo también intentaba colarme por allí. Di a un estrecho pasillo por el que apareció una muchacha con largas trenzas y rostro de niña traviesa.

No se llevó ninguna sorpresa por lo que adiviné que la puerta debía estar conectada a un timbre interior. Me miró con curiosidad y preguntó con voz amigable:

—¿Qué busca, señor?

—Me llamo Clive Borman —dije, alargando mi diestra.

Ella no la rehusó.

—Susan Flowers.

—Quisiera hablar con uno de los muchachos que trabajan en la obra que representáis.

He estado en su casa, pero ya se había ido de allí. Pensé que podíais estar reunidos aquí, ensayando o cambiando impresiones...

—No se ha equivocado. Pase. Todos estamos en el escenario. ¿Tiene algo que ver usted con el teatro? ¿Va a contratar a alguno de nosotros?

—No.

—Oh, vaya.

—Se trata de un asunto personal. Mi profesión es la de detective privado.

Por una puerta colateral entramos en el teatro propiamente dicho. Las luces iluminaban el escenario sobre el que se movían media docena de personas, todas ellas jóvenes, cuatro chicos y dos chicas. Uno de los chicos era el que había visto entrar momentos antes.

Un hombre de mi edad, unos treinta años, en mangas de camisa, se encontraba abajo, en el patio de butacas, impartiendo órdenes. Al vernos aparecer, calló y avanzó hacia nosotros con dos rápidas zancadas.

—¿Quién es, Susan? —le preguntó a la joven.

—Dice que es detective privado y busca a uno de los chicos. No me dijo su nombre.

—¿Quién? —me preguntó ahora a mí.

Antes dirigí mi mirada hacia el escenario, observando a los que allí estaban, quienes habían dejado de actuar para fijarse en mí.

—Alan Jasper. Es un joven de unos veinticinco años, alto y desgarbado, de pelos castaños. No le veo aquí.

—Está usted equivocado de nombre. El que usted ha descrito es Tom Lang, un ex-presidiario con más madera de «reventador» de cajas fuertes que de actor.

CAPITULO VI

Fue como un flash fotográfico, escuchar lo de «reventador» de cajas fuertes y pensar en el cuadro que había encontrado en el despacho de Phil Hyams. Sentir que pisaba el buen terreno me dio casi vértigo.

—Mi nombre es Louis Prescott y soy el director de este pequeño grupo teatral —se presentó el hombre de mi edad—. ¿Por qué busca a Tom Lang y me ha dado ese otro nombre?

—El mío es Clive Borman y, como ya le dijo Susan, me dedico a Tas investigaciones privadas —repuse—. Usé el nombre de Alan Jasper porque ése es el que ha utilizado durante su contacto con las personas que me han contratado.

—No lo entiendo.

—Bueno, en eso consiste mi trabajo. En encontrar una explicación.

—Hum.

—¿Qué me puede contar de él?

—Ya le expliqué antes: estuvo en la cárcel por robo. Al parecer tiene una gran habilidad a la hora de abrir cajas fuertes. Durante su estancia en prisión perteneció a los cuadros de psicodrama, parece ser que le gustó y y el psicólogo le dio una recomendación. Como conozco a Clem Bottoms y me hace falta gente, le acepté.

—¿Y por qué ahora no se encuentra con ustedes?

—Se despidió anteayer.

—Ya. ¿Qué razón expuso?

—Dijo que pensaba marcharse de la ciudad, buscar nuevos aires, un lugar donde nadie le conociera por su pasado... La verdad es que no le puse muchos reparos. Como ya le dije en un principio, el muchacho no tenía madera de actor. Eso sí, lo único que me dolió es que apenas me dio tiempo para buscarle un sustituto. En fin... —se encogió de hombros, sin saber ya qué más podía contarme.

A mí todavía me quedaban algunas preguntas en el zurrón.

—¿No le detalló mejor cuál era su plan para el futuro?

—Todo lo que me dijo fue lo que le relaté antes.

—¿Conocía a sus amistades?

—Fuera de este teatro, no le conocía.

—Ya veo que no sabe mucho. ¿Y ellos? —señalé a los actores.

—¡Muchachos, acercaos! —gritó Louis Prescott.

Lo hicieron con cierta parsimonia. El director les puso al corriente.

—¿Alguno tiene algo que añadir?

Una joven de aire indolente, bastante llenita en carnes, dio un paso al frente y dijo:

—Ese Tom Lang, durante el poco tiempo que estuvo con nosotros, se mostró muy reservado. No por timidez, yo creo que nos consideraba bichos raros. Su mentalidad era distinta a la nuestra. Sus ambiciones no eran las nuestras. Cuando hablábamos de teatro, él se mostraba indiferente.

—Pero, ¿os comentó qué pensaba hacer?

—A mí él otro día, cuando nos despedimos, sólo me dijo que pensaba ganar dinero y

trasladarse a Florida. Le pregunté cómo, porque aquí solamente conseguimos para seguir tirando, pero él se hizo el loco.

—¿Y vosotros?

—Nada —fue la respuesta colectiva.

—¿No sabéis de alguna amistad que él tuviera?

Hubo miradas entre ellos, pero ninguna respuesta

—En su domicilio no está, lo ha abandonado. ¿Algún otro sitio donde pueda localizarlo?

—Respecto a eso yo sí tengo algo —dijo uno de los chicos, rubio y de ojos claros—.

Una vez quedamos en

que yo le llamaría para comunicarle la nueva hora del desayuno. El me dijo que no tenía teléfono en su casa, pero que le llamara al «Pinky Bar» y preguntara por él. Si ño estaba, debía dar el recado, que ya se lo pasarían.

—El «Pinky Bar», ¿eh?

—Sí, seguro. Es un nombre bastante curioso y no se me olvida. Lo que no recuerdo es el teléfono, lo apunté en un papelillo y no sé ahora dónde estará o si lo tiré.

—Bueno, no creo que me sea difícil encontrar ese bar.

—¿Se ha metido en algún lío Tom Lang? —preguntó la muchacha entradita en carnes.

—Podiera ser. De momento no hay nada seguro. Lo que sí resulta sospechoso es que anduviera por ciertos círculos utilizando otro nombre: Alan Jasper.

Ninguno experimentó sorpresa ni replicó nada. Me despedí cordialmente de ellos, deseándoles toda clase de éxitos, y salí a la calle.

En seguida localicé una cabina, en la esquina de enfrente. Entre y cinco minutos más tarde salía conociendo la dirección del «Pinky Bar», gracias a la rapidez de movimientos de mi amigo Leo Purcell.

El local se hallaba en Mulberry Street, al sur de donde me encontraba, cerca de Chinatown. Era un pequeño antro con mala higiene y chicas de alterne. Como a aquellas horas la clientela era más bien escasa, la mayoría de las muchachas mariposearon a mi alrededor.

Alcancé el mostrador mostrándome indiferente y reclamé la presencia del *barman*, un hombre de rostro avinagrado, extremadamente delgado, que departía con un cliente en el extremo derecho de la barra.

—Sírrame un whisky con soda —le pedí, depositando un billete de veinte dólares sobre el húmedo mostrador.

El tipo escanció en el vaso con los ojos puestos en el dinero: toda una demostración de habilidad... y ambición.

—Estoy buscando a Tom Lang —dije, cuando terminó

de servirme y nuestras miradas se encontraron—. Soy un conocido suyo. Tom me dijo que cuando quisiera localizarlo aquí me darían razón de su paradero.

—Entonces mejor será que se dirija a Betty Swain —su dedo índice apuntó por encima de mi hombro.

Giré el rostro siguiendo la indicación. Así me fijé en una de las chicas, trigueña, un poco más joven que yo, bastante atractiva, sentada junto a una mesa, sola, con las piernas cruzadas muy provocativamente.

Cuando volví a mirar al *barman* para darle las gracias y tomar mi vaso de whisky con soda, el billete de veinte dólares ya había desaparecido, sin vuelta alguna. El tipo había regresado junto a su antiguo contertulio.

No dije nada y me aproximé a la trigueña. Ella me sonrió, descruzó las piernas y me ofreció un asiento.

—Hola —dijo.

—¿Betty Swain? —pregunté.

Ella arqueó una ceja.

—¿Quién le dijo mi nombre?

—El *barman*.

—Ah.

—¿Quiere tomar algo?

—Por supuesto. Hay que consumir.

La chica batió palmas y el camarero se acercó. Le pidió una botella de Johnnie Walker, mirándome con cierto recelo, por si objetaba algo.

Sólo abrí la boca para decir:

—Tengo entendido que usted conoce a Tom Lang.

La mano de la chica se cerró con fuerza sobre la botella recién servida.

—¿Eso también se lo dijo el *barman*?

—Sí —reconocí.

—Hum. Entonces no está usted aquí para pasar el rato. ¿Me equivoco?

—En absoluto. Trato de dar con Tom.

—¿Por qué?

—Tenemos que charlar.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Clive Borman.

—Eso no me dice nada.

No agregué nada por el momento, reflexionando mi próximo paso. Tenía mis dudas acerca de lo que ella podía ser para Tom Lang. La observé mientras se servía una bien cumplida copa.

—¿Es usted de la policía? —me preguntó de pronto, mirándome con fijeza.

—No.

—Pensé que Tom podía estar de nuevo metido en un lío,

—¿Cuál es su relación con él?

—Buenos amigos.

—¿Le conoce de hace mucho?

—Bastante.

—¿Antes de que lo enchironaran?

—Sí.

—¿Qué sabe de él actualmente?

Ella bebió un largo trago y luego respondió:

—Hace usted preguntas como si fuera un policía.

—Ya le dije que no lo soy. Mi profesión es la de detective privado. —Me sinceré definitivamente—. Mi cliente conoció a un tal Alan Jasper. Yo tenía que investigarlo y

descubrí que su verdadero nombre es Tom Lang. Ahora quiero saber

cuál es la razón por la que utilizaba otro nombre. ¿Le conoce usted?

—Alan Jasper —repitió. Luego meneó la cabeza de un lado a otro, agregando—; No.

—¿Dónde puedo encontrarlo? Estuve en su domicilio y...

—¿En su domicilio? —se extrañó—. ¿En mi casa?

—¿Vive con usted?

—Sí. Desde que salió de prisión.

—Yo me refería a su domicilio como Alan Jasper. Lo abandonó el otro día.

—Todo eso es nuevo para mí.

—Ya veo. ¿No sabe lo que hacía Tom?

—Estaba trabajando con un grupo independiente de teatro.

—Pero también lo dejó.

Ella compuso otra mueca de extrañeza.

—Algo raro hay en todo esto —dijo, con preocupación.

—¿No tiene idea de lo que es?

—Sólo sé que en estas últimas semanas se mostraba un poco intranquilo. Cuantas veces le pregunté qué le sucedía, él ponía buena cara y me contestaba que pronto nos iríamos de aquí.

—¿Con dinero y a Florida?

Me miró llena de perplejidad.

—¿Cómo lo sabe? Eso me comentó en varias ocasiones, pero no logré sonsacarle más.

—También lo dijo ante sus compañeros, los actores. ¿No sabe de dónde pensaba sacar ese dinero, porque desde luego del teatro no era?

—No. Ya le dije que no.

—¿Pensaba realizar alguno de sus antiguos «trabajos»?

—Que yo sepa..., no.

—¿Era bueno abriendo cajas fuertes?

—Sí. Sólo le pudieron coger gracias a un chivatazo.

—¿Tampoco tenía usted conocimiento de que él estaba saliendo últimamente con una chica?

—No —musitó, muy quedo.

—Lo hacía bajo su personalidad de Alan Jasper.

Betty se llevó el vaso a los labios con cierto temblor de mano. Observé cómo bebía todo el whisky sin un pestañeo, de un solo trago.

Cuando volvió a hablarme, su voz sonó un tanto enronquecida. Y en sus pupilas brillaba la amargura:

—Otra vez voy a perderle, lo presiento. Y en esta ocasión no sé si será para siempre.

—Aún podemos evitar que dé un mal paso —dije, tratando de ser convincente y ocultando, claro está, lo ocurrido en la finca de Phil Hyams. Presentía que sólo aquella chica podía ayudarme a dar con Tom Lang, si es que a éste todavía seguía importándole ella—. Yo quiero encontrarle, aclarar su doble personalidad... y echarle una mano si es posible.

—Cuando ya ha dejado el trabajo honrado que había conseguido y por la forma en que se comportó anoche, mucho me temo que ya está de nuevo en otro feo asunto —dijo

ella con pesar,

—¿Anoche? —salté yo—. ¿Tuvo noticias de él anoche..., llegó a verle?

—Sólo me telefoneó. Lo hizo desde un motel de Long Island, según me explicó, donde estaba de paso. Le pedí explicaciones, por qué estaba allí, qué hacía, pero me esquivó.

Dijo que me volvería a llamar esta noche y que posiblemente tuviera una sorpresa para mí.

—Esta noche... —murmuré, apretando los labios—. Aún falta demasiado para esperar, y en este tiempo pueden suceder muchas cosas.

—Lo sé, pero no hay otra solución. Yo estoy más intranquila que usted.

No se lo quise discutir. A mí me preocupaba sobremanera Debra Winter, Conforme iba sabiendo más cosas de Tom Lang, alias Alan Jasper, me daba cuenta que la joven Debra no podía significar nada en su vida y que sólo debía ser un instrumento... ¿para qué?

—¿No le dijo en qué motel de Long Island se hallaba?

—Sí, pero de nada sirve. Estaba de paso, sólo iba a dormir allí.

—Pero es la única pista que tenemos. Quiero aprovecharla. Tal vez obtenga algo. A lo mejor se vio allí con alguien, tuvo una cita, no sé... Desde luego, más vale eso que estar aquí de brazos cruzados.

Ella no se lo pensó mucho.

—Era el «Capricornio».

—Gracias.

—Yo no puedo abandonar mi trabajo, pero... ¿será tan amable de tenerme informada?

—Sí.

—Pídale una tarjeta al *barman*. Llame aquí. Yo no tengo teléfono. Vivo en uno de los pisos de arriba.

—De acuerdo.

Le dejé un buen puñado de dólares, por la botella y la información, pero ella ni siquiera se preocupó de mirarlos y menos de tomarlos. Se sirvió otra buena ración de whisky y continuó bebiendo, con los ojos clavados en la pared de enfrente, empapelada en un rojo color sangre.

El motel «Capricornio» no se hallaba muy lejos de la playa de West Meadow, donde se encontraba la finca de Phil Hyams. Eso me indujo a cometer el atrevimiento de pasar por delante de ésta y así pude observar cómo un coche muy sospechoso, con dos individuos dentro, uno fumando y otro leyendo el periódico, se hallaba estacionado enfrente. La finca parecía solitaria y tranquila.

Era claro que la policía ya debía estar realizando las investigaciones pertinentes,'

posiblemente ya hubieran llegado hasta mis clientes. Me dije que tenía que telefonar cuanto antes a los Winter para enterarme de cómo iba el asunto de Phil Hyams. Presentía que tenía estrecha relación con Tom Lang.

El motel se levantaba un poco más arriba de Setauket, una pequeña población surcada por una carretera local, casi frente a la Conscience Bay. Era un lugar de reducidas dimensiones, discreto, ideal para un fin de semana romántico.

Dejé el coche en el diminuto parking, bajo un techado de cañas, y encaminé mis pasos hacia el edificio central. En recepción me encontré con una mujer que debía estar rozando la treintena, muy morena y atractiva. Lo primero que hizo, una vez me miró de

arriba abajo, fue ofrecerme el libro de registro.

—Realmente no vengo a inscribirme —dije, sonriendo amigablemente—. Estoy buscando a unos amigos.

—Oh, lo siento.

Mi mirada, rápidamente, había recorrido ya las inscripciones de las dos últimas páginas. Por ningún lado aparecía Alan Jasper, ni Tom Lang, ni Debra Winter. Con toda seguridad debían haber firmado con otro nombre..., si es que realmente habían estado allí.

—Ellos habrán cambiado sus nombres —dije, acentuando mi sonrisa—. Son jóvenes y no quieren que la cosa pueda trascender a sus padres, usted ya sabe cómo son estos casos... El es un tipo alto y desgarrado, de unos veinticinco años, de cabellos castaños.

Ella es... Mire, de ella casualmente llevo una foto...

La mujer la tomó y la observó en silencio. Cuando me volvió a mirar, había una mueca burlona en su bello rostro.

—¿Usted me ha tomado por idiota?

—¿Cómo dice?

—¿Quién es usted: policía, el novio de la chica o el amiguito de él?

—No la entiendo.

—Vamos, hombre, esas historias son muy viejas y manidas. Y a mí no me gustan los escándalos.

—¿Por qué los van a haber? Soy un hombre pacífico.

—No le creo —se mostró tozuda.

—Mire, soy detective privado y estoy tratando de localizar a la chica por orden de sus padres. Ella es menor de edad, ¿lo sabía?

Eso le hizo daño. Su boca se crispó. Yo remaché:

—Eso le puede traer serios problemas..., porque tampoco están casados.

—Yo no lo sabía.

—Haber pedido documentos. Ustedes aceptan a todo el mundo con tal de ganar un dólar más.

—Está bien. Gregory y Flo Benson. Bungalow doce. Llegaron anoche. ¿Algo más?

—Es usted muy gentil —le dediqué mi última sonrisa, mientras le arrebatava la foto de entre los dedos.

Salí y caminé por un sendero de gravilla hasta el lugar indicado. No tenía más remedio que dar la cara para poner en claro cuanto me preocupaba, así que golpeé con los nudillos en la puerta.

Me abrió un individuo qué no tenía nada que ver con Tom Lang ni con Debra Winter. Era alto, delgado, de rostro huesudo y con lo menos treinta y cinco años sobre sus escuálidas espaldas. Lo peor de todo fue que me apuntó con una pistola automática, prudentemente provista de tubo silenciador, y con una voz seca me conminó a pasar.

No tuve más remedio que obedecerle.

CAPITULO VII

Adentro había un hombre más, pero tampoco era Tom Lang. Parecía un hermano gemelo del que me abriera la puerta, sólo que un poco más bajo de estatura. También empuñaba una pistola automática y con ella apuntaba a una joven cuyo rostro correspondía exactamente al que yo tenía retratado en la fotografía que llevaba en un bolsillo de mi chaqueta.

Al fin había dado con Debra Winter, aunque maldito si sabía para qué iba a servir, quiénes eran aquellos sujetos con pinta de matones y por qué hacían ostentación de armas.

El primero en hablar fui yo:

—No entiendo a qué diablos viene todo esto.

El tipo que me vigilaba me dio un soberano empujón, lanzándome a la cama. No me dejaron reaccionar porque en seguida el otro cayó sobre mí y comenzó a registrarme. Si pensaba encontrar un revólver, se debió llevar un gran chasco. Ni siquiera tengo licencia para usar armas.

—¡Es un investigador privado! —exclamó ya con mi documentación en la mano—. ¡Y

mira! ¡Lleva una foto de la chica!

Debra Winter me miró con curiosidad desde la silla a la que había sido atada. En su rostro pude observar las señales de varios golpes. Había sido maltratada.

El sujeto alto preguntó:

—¿Qué tienes que ver en esto, pesquisa?

El sujeto bajo me arreó un mandoble al estómago.

Fue una equivocación porque de ese modo ya no pude contestarles, faltar de aire.

—¡Quieto, Frank! —llegó la voz del sujeto alto, pero ya demasiado tarde.

Alargué mi recuperación todo lo que pude, con la idea de recobrar

todas mis fuerzas.

Posiblemente me hicieran falta más adelante. Aquello no me gustaba nada.

—¿Qué tienes que ver en esto, pesquisa? —volvió a preguntarme el sujeto alto.

—No sé quiénes son ustedes ni lo que pretenden —dije.

—¡ Eso no contesta a mi pregunta!

—Buscaba a la chica. Sus padres me contrataron para que la encontrara. Al parecer se largó de casa con un joven...

—Alan Jasper.

Oír este nombre me hizo deducir que no conocían la auténtica personalidad del ex-presidiario, y por tanto no debían ser muy amigos.

—En efecto —asentí.

—No has hecho un mal trabajo. ¿Cómo conseguiste dar con esta pista?

—Preguntando en muchos sitios. Supe por las amistades de Debra que ella sentía predilección por esta zona de Long Island, así que decidí venir para acá. Ha sido una tarea muy pesada, recorriendo hoteles, moteles, pensiones...

—Ajá.

El sujeto bajo resopló:

—¿Crees que está diciendo la verdad, Gordon?

—¿Por qué no? —avanzó unos pasos hasta encararse a la asustada muchacha—. ¿Tú lo conoces, nena?

Ella movió la cabeza de un lado a otro, negativamente.

—Y tampoco sabes dónde está Alan Jasper.

—No —oí por vez primera su voz.

—¿Quieres que te volvamos a pegar?

—No. ¡No!

—¿Sabes adónde ha ido tu amiguito?

—No.

—¿Seguro, nena? —su zurda se ciñó al cuello de la joven—. Nos estás haciendo perder tiempo, mucho tiempo.

—No., lo sé... —tartajeó ella, casi ahogándose.

—¡ Suéltela, cobarde! —le grité.

—¡ Calla, entrometido! —me volvió a golpear el sujeto bajo. Su compañero ya venía hacia nosotros;

—¿Y usted qué sabe de Alan Jasper?

—Nada. Precisamente desde que entré me estoy preguntando por él. ¿Por qué les interesa?

—Hemos de charlar con él.

—¿De qué?

—Eso no le incumbe:

—¿Y Cómo llegaron a ustedes hasta aquí?

—Eso tampoco le incumbe.

—Bueno, ¿qué dice ella respecto a Alan Jasper?

—Se fue al amanecer, diciéndole que se iba a acercar a Setauket para comprar el periódico y un paquete de cigarrillos. Cuando llegamos nosotros, ella creyó que era él. Y

todavía continuamos esperándole.

—A mí me da la impresión de que ese tío es un cara y le ha dado plantón después de pasar la noche con ella —opinó el sujeto bajo.

—No me extrañaría nada —convine yo—. Por lo que he podido averiguar, ese tipo no es de fiar. Precisamente eso es lo que temían los padres de la muchacha: que la engañara.

—¡No! —chilló de pronto ella—. ¡No me puede haber engañado! ¡Alan no es malo!

Ahora fue el sujeto bajo quien se acercó a ella y le propinó un bofetón, diciendo despectivamente:

—¡Esta no sabe aún de la vida la mitad!

—¡Basta ya de ensañarse con la chica! —chillé de nuevo—. ¡No es más que una cobardía!

—¿Quieres que te pegue a ti, pesquisa? —se me acercó bravucón el sujeto bajo.

—Si la persona que les interesa es Alan Jasper, creo que no van a sacar nada en limpio por mucho que nos golpeen. Está claro que nosotros estamos al margen. Debra Winter no es más que una jovencita que se escapó de casa para vivir una aventura romántica con el hombre que la sedujo y yo soy el detective privado que sus padres contrataron para que la localizara. Nada tenemos que ver con los feos asuntos que ese tal Alan Jasper pueda llevarse entre manos..., así que podían guardar esas armas y dejarnos

marchar.

—¡Vaya con el tipo listo! —exclamó el sujeto bajo—. ¿Qué te parece, Gordon?

—Que los que se van a marchar somos nosotros.

—Bueno, es igual —forcé una sonrisa—. Nosotros nos quedaremos aquí hasta que ustedes se alejen. O si no tienen confianza en nuestra palabra, pueden amordazarnos y atarnos. Ya nos descubrirán.

—Vamos a ser más generosos con los dos —dijo torvamente el sujeto alto—. Os daremos la última medicina.

Palidecí. Debra se puso a gritar y el sujeto bajo se lió a guantazos con ella. Los dos habíamos entendido perfectamente las palabras del sujeto alto..., el cual no cesaba de vigilarme con su maldita pistola. Si hacía cualquier movimiento, era hombre muerto ipso facto.

—No entiendo por qué —dije—. Esto sólo ha sido una charla de amigos.

—Deja de decir sandeces, pesquisa. Nosotros no podemos dejar ya ningún tipo vivo detrás nuestro. Ella, por ejemplo, sabe demasiado.

—¿Qué sabe?

—tuvimos que interrogarla y así se enteró de cosas que no nos conviene que se divulguen.

—No entiendo absolutamente nada —dije, aunque algunas sospechas me bailaban ya por la cabeza.

—Ellos buscan unos documentos —me explicó la muchacha sin que el sujeto bajo se opusiera a que hablara—. Dicen que Alan los robó de la caja fuerte de mi tío.

—¿Su tío? ¿Quién es su tío?

—Bien, mi padrino. Nosotros estuvimos en su casa antes de venir aquí.

—Y el tal Alan aprovechó bien el tiempo —añadió el sujeto alto.

—¡Alan no hizo eso! —gritó Debra Winter

—Sí lo hizo —dijo el sujeto alto—. Tú misma reconociste que durante quince minutos más o menos estuvo fuera del salón, excusándose con el lavabo. Tuvo el tiempo suficiente, si es un chico hábil, para abrir la caja fuerte y llevarse lo que había dentro.

—¡No!

—Sí, muñeca. Cuando nosotros llegamos, la caja fuerte estaba vacía y según Phil Hyams, tu padrino, las únicas personas que habían estado allí erais vosotros. Momentos antes de llegar vosotros precisamente él había comprobado que todo seguía en su sitio, pues había guardado en la caja fuerte sus últimos avances en una nueva fórmula en la que estaba trabajando. ¡No pudo ser otra persona!

—Os engañaría mi tío.

—Engañarnos —dijo sarcásticamente el sujeto bajo—. ¡Ja!

Su forma de expresarse me dejó helada la espina dorsal. Presentí que me hallaba ante los asesinos de Phil Hyams. Y eso me convenció totalmente de que el final de Debra y mío no podía ser otro más que la muerte.

—En fin —habló el sujeto alto, que parecía ser el que llevaba la voz cantante—. Creo que aquí sólo estamos haciendo el idiota. Ese tipo no va a aparecer. Mejor será que lo busquemos por otro lado. Pareja...

Era la despedida.

—Esperen un momento —dije—. Hay otra cosa que no entiendo.

—¿Qué quieres: alargar el final para ver si se te presenta una oportunidad? —preguntó el sujeto alto—. Olvídalo. Eso sólo le sucede a Clint Eastwood. Ya sabes que los chicos de las películas no pueden morir. No nos vas a poder sorprender. Te tenemos bien a cubierto.

—No se trata de eso —mentí—. Es que no comprendo cómo disteis con el bungalow sin antes preguntar en recepción. La encargada no me comentó nada de vuestra presencia,

—Ocurre que tuvimos suerte. La chica estaba asomada a la puerta, esperando impaciente a su amado. Nosotros teníamos unas buenas descripciones de ambos.

—Ajá.

—Si así te vas más satisfecho...

—Aún me queda otra cosa —dije, ya cerca de la desesperación. No estaba dispuesto a dejarme matar como un cordero indefenso. Y menos no estando maniatado como la muchacha.

—¿Qué?

Era mi última baza. Tenía que salir bien.

—No me iré al otro barrio satisfecho si no sé otra cosa...

—¿Qué? —se impacientó el sujeto alto. Su compinche se encontraba junto a Debra Winter, pero su pistola apuntaba en aquellos momentos más bien hacia el suelo.

—¿Fuisteis vosotros quienes asesinasteis a Phil Hyams de dos balazos?

El asombro fue de órdago. Ninguno de los dos podía imaginar que yo sabía eso, incluso el detalle de los disparos. Por unos instantes se quedaron paralizados.

Posiblemente Clint Eastwood no hubiera necesitado de esos dos segundos. Yo sí. Me sirvieron para lanzarme como un tigre hambriento sobre el sujeto alto, elevando una de mis zarpas su mano armada.

Los dos matones hicieron fuego a la vez, pero con resultados bien distintos. La bala del sujeto alto se estrelló en el techo mientras que la del sujeto bajo alcanzaba a su compinche, arrancándole un gruñido de dolor.

Yo noté cómo se estremecía y todas sus fuerzas se desvanecían. Protegido con su cuerpo, logré hacerme con su arma sin ninguna dificultad. Apreté el gatillo justo en el momento en que el sujeto bajo, al ver que era muy difícil alcanzarme, giraba su arma hacia la impotente muchacha, cuyo rostro era una máscara de horror, supongo que con la idea de amenazarme con su muerte si no soltaba la pistola.

Lo que hice fue soltar un plomo. El sujeto bajo dejó escapar un alarido, su cara ensangrentada, y luego desplomó como un pesado fardo.

Resople, aliviado, y dejé caer al otro. Ya nada se podía hacer por él porque su compañero, sin proponérselo, le había alcanzado en el pecho, muy cerca del corazón.

No tuve tiempo de acercarme a desatar a Debra Winter. La puerta del bungalow se vino abajo con gran violencia y la primera persona en entrar fue Glenda Horton, aquella chica que huía asustada de un presunto violador.

Ahora todo era distinto. Apareció con gran decisión, con un revólver por delante y gritando:

—¡Policía!

CAPITULO VIII

Debra Winter, debido a la gran impresión recibida durante el tiroteo, sobre todo en el instante que el sujeto bajo la apuntó con su pistola, sufrió un fuerte shock y tuvo que ser trasladada en una ambulancia hasta un hospital.

Yo telefoneé a su casa para dar el aviso a sus padres y así pudieran ir a reunirse con ella.

—De modo que no iban a haber escándalos, ¿eh? —me espetó la encargada, una vez colgué el auricular.

—Eso creía.

—Incluso ha traído la policía.

—Lo siento.

La dejé sola con su furia. En aquellos momentos a mí me interesaban otras cosas.

Los hombres que acompañaban a Glenda Horton acababan de certificar que los dos matones eran cadáveres y también habían registrado ya el bungalow sin ningún resultado efectivo. La mujer se me quedó mirando con fastidio.

—Buena la ha organizado —exclamó—. Continuamos a oscuras.

—¿Por qué no intervinieron antes? ¿Qué esperaban: que nos mataran?

—No imaginábamos que esta gentuza estuviera aquí. Creíamos que sólo se encontraba la pareja.

—¿Por qué no vamos por partes y me explica, ahora más tranquilos, en qué consiste todo este embrollo?

—No piense que nosotros sabemos mucho.

—Bueno, lo mío ya lo sabe todo. Lo primero que hizo, nada más entrar, fue interrogarme. Por otro lado conocía todos mis últimos pasos porque habían estado siguiéndome, ¿no es así?

—un efecto. Usted era un sospechoso desde que le viera en la finca de Phil Hyams.

—¿Y usted qué hacía allí?

—El telefoneó al Police Department diciendo que tenía una importante información para nosotros. Quedamos para esa misma noche, en su finca de la playa.

—La noche del crimen.

—Así es. Cuando yo llegué, usted entraba. Entonces me acerqué prudentemente a la ventana y pude ver el cadáver. Usted se encontraba junto a él. Desde luego, por la forma en que usted entró, el poco tiempo de que dispuso y el no tener todavía empuñado el arma homicida, me hizo descartarle como autor del asesinato.

—Ya. ¿Y por qué no intervino directamente?

—Por eso precisamente. Quería darle un poco de cuerda y saber mejor cuál era su juego, su interés en el asunto. Cuando uno se identifica y empieza a preguntar, muchas veces sólo consigue empeorar las cosas.

—En eso le doy la razón —suspiré—. Y entonces decidió montar aquel estúpido numerito de la chica asustada que huía del hombre malo que a punto había estado de violarla.

—Era una forma de tener un primer contacto.

—Incluso me invitó a su apartamento, imagino que con la idea de poderme sonsacar

todo en una noche. Es usted una policía muy particular.

—Soy una mujer policía... y a veces tengo la ventaja de poder valerme de mi condición femenina.

—Ya, ya. ¿Tiene algún grado?

—Soy teniente detective.

—Muchas copas debe haber compartido...

—No sea usted impertinente.

—Está bien. Sigamos con la historia. Yo rechacé su invitación y la dejé en su casa...

Bueno, ¿era aquélla realmente su casa?

—Sí.

—¿Y qué pasó luego?

—Ya lo sabe. Ordené que le vigilaran. Tenga en cuenta que yo no fui sola a la finca de Phil Hyams. Me acompañaban dos detectives. Ellos nos siguieron en su coche. Cuando usted me dejó, fueron tras sus pasos.

—Así hasta hoy.

—Exacto. En algunos momentos se turnaban con otros compañeros para que usted no sospechara. Y allí donde usted iba, ellos se presentaban después. Más o menos, cuando llegamos aquí, ya sabíamos qué era lo que buscaba.

—Y no intervinieron hasta que escucharon los disparos. Eso es lo que más me duele.

—Pensamos que en seguida saldría acompañado de la pareja. La encargada no nos habló de más personas.

—A mí tampoco —hice una mueca—. En fin, ya pasó todo. ¿Conocían a esos tipos?

—No. Pero está claro que debían ser unos asalariados.

—Ellos mataron a Phil Hyams.

—Sí.

—Por unos documentos que éste guardaba en su caja fuerte y que al parecer se llevó antes Tom Lang, alias Alan Jasper.

—Eso es.

—Posiblemente esos documentos eran los que pensaba entregarles a ustedes.

—Hum. No sé. Me extraña.

—¿Por qué?

—Sólo hay una cosa evidente: en la caja fuerte se encontraban sus anotaciones últimas sobre la nueva fórmula plástica en la que estaba trabajando... y ya no está. Harry Watt, el dueño de la empresa, está hecho una furia. Con toda seguridad se trata de un caso de espionaje industrial. Pero por una fórmula no creo que nos llamara Phil Hyams.

—Yo tampoco —dije, pensativo—. Oiga, hay algo más. —¿Qué?

—Los tipos me comentaron eso de la fórmula y la única importancia que a eso le dieron es la siguiente: cuando Phil Hyams terminó su trabajo y guardó sus anotaciones en la caja fuerte, todo estaba en orden en ésta. Cuando ellos llegaron allí, no había nada. En el intermedio, habían aparecido de visita Tom Lang y Debra Winter. Sólo ellos podían ser los autores del robo. Y no sólo se robó los datos de la fórmula sino algo más que interesaba a esos matones.

—¿Lo que iba a entregarnos a nosotros?

—Tal vez.

—¿Y por qué fue allí Tom Lang; por la fórmula, por los documentos o por las dos cosas?

—No lo sé. Pero sí hay una cosa cierta. El plan consistía en robar la caja fuerte de Phil Hyams y por eso alguien le debió contratar. No creo que fuera iniciativa de él. Tom Lang adoptó entonces la personalidad de Alan Jasper, ligó con su ahijada y así consiguió introducirse en su casa sin correr ningún riesgo. Una vez logró lo que deseaba, abandonó en este motel a la muchacha romántica y...

—¿Y?

—Y una vez resuelto todo —dije, preocupado, porque las cosas no parecían encajar en la última parte—, debía haber entrado en contacto con su verdadera amante.

—¿La tal Betty?

—Exacto. Aunque a lo mejor ella me ha engañado. Como así sea... ¡Tenemos que ir a verla!

—No se inquiete. Ella, como casi todas las personas que usted ha visitado, está vigilada.

Si hubiera dado algún paso sospechoso, ya me habrían avisado.

—De todas formas, me pareció sincera —tuve que reconocer—. No entiendo dónde puede estar metido Tom Lang.

—Tal vez también la engañara a ella.

—No creo. ¿Por qué hablarle entonces de dinero, de viajar a Florida...?

—¿Y qué otra cosa se le ocurre?

Me encogí de hombros.

—Debra —sugirió ella.

—Estaba tan sorprendida por el comportamiento de él como nosotros. Esa muchacha sólo ha sido una víctima de ese pillo. Por lo que se jugaba, no creo que cometiera ninguna torpeza al hablar con ella.

—Lo que me doy cuenta es que apenas tenemos por donde seguir investigando.

—Queda Tom Lang. Si lo encontráramos...

—Al menos, de todo este lío se desprende una cosa: hay dos grupos implicados, uno el de Tom Lang y otro el de esos matones. Lástima que los matara...

—Diablo, si hubiera visto en la situación en que me hallaba. Entonces no se piensa fríamente. Sólo se quiere sobrevivir. Me hubiese gustado verla a usted en mi lugar.

—Está bien. Olvidémoslo. Y no hace falta que usted se caliente la cabeza.

—¿Por qué?

—Ya no tiene nada que ver en el asunto. Usted es detective privado y su misión consistía en localizar a Debra Winter. Ya lo consiguió. Fin.

—Oh, ya.

—En cuanto preste declaración, quedará totalmente desligado del caso.

—Tiene razón. Lo siento. Me habría encantado colaborar con usted.

Ella me aguantó la mirada. Sus ojos color miel adquirieron un brillo especial.

—Otra vez será —dijo.

—De todas formas —sonreí—, no olvido que me debe una invitación en su casa.

Glenda Horton no replicó y yo agregué:

—Claro que como ahora ya he dejado de ser un tipo con información, tal vez no le interese...

—Pudiera ser —contestó.

—Tendré que hacer la prueba.

En esos mismos instantes retiraban los cadáveres y llegaban los primeros periodistas.

Los detectives de Glenda Horton se encargaron de que no nos molestaran.

Ella se dirigió hacia su coche.

—Ya que debemos ir al Police Department, podemos hacerlo juntos —propuse—. Su coche lo puede conducir alguno de sus detectives.

—Bueno —asintió.

Seguidamente dio las órdenes pertinentes y poco después nos alejábamos del motel

«Capricornio». Por el camino fui yo quien inició la conversación;

—¿El caso es totalmente suyo?

—Sí.

—¿Qué piensa hacer?

—Buscaremos en los archivos a esos dos que usted mató. Seguro que constan. Luego investigaremos en su «círculo social». Tal vez así podamos saber para quién trabajaban.

Algo parecido haremos con Tom Lang, además de radiar su orden de captura. Trataremos de dar con sus viejas amistades de su época dorada, incluso contactaremos con sus compañeros de prisión... En fin, la rutina de siempre. Preguntas y más preguntas con el propósito de hallar un rayo de luz.

—¿Le gusta su profesión?

—Por supuesto. ¿Ya usted la suya?

—También.

—Prácticamente estamos haciendo el mismo recorrido que la noche pasada —observó ella.

—Es cierto. ¿Le apetecería almorzar? Más o menos es la hora, y si no tenemos mucha prisa...

Aceptó.

Nos detuvimos en un restaurante del camino, ya en Queens. Durante la comida no hablamos para nada de nuestros trabajos. A ambos nos dio por recordar nuestra niñez y adolescencia, con algo de nostalgia y sobre todo con buen humor. Por un momento, al salir del local, ya satisfechos nuestros estómagos, y al recibir el sol del mediodía, nos sentimos felices y radiantes como dos recién enamorados. Y aquel hermoso encanto duró hasta que llegamos al Police Department.

Allí nos enteramos que Tom Lang, alias Alan Jasper, ya había aparecido, cerca de los muelles de South Brooklyn.

Con el cráneo fracturado. Muerto.

CAPITULO IX

Rápidamente nos dieron una información detallada. Tom Lang había caído desde un mirador de quince metros de altitud, de cabeza para mayor mala fortuna. ¿Suicidio, asesinato, accidente...? No se sabía. Hasta el momento no habían aparecido testigos. La muerte se podía establecer que había ocurrido sobre las primeras horas del amanecer.

—Otra vía muerta —comentó con desaliento Glenda Horton,

—Y dado lo sucedido cabe hacerse una nueva pregunta.

—¿Cuál?

—¿Tom Lang pensaba regresar al motel junto con Debra Winter o reunirse con Betty?

—Bueno, no creemos más confusión. Hemos quedado en que Tom Lang utilizó a Debra para llegar a Phil Hyams. Por tanto, abandonó a Debra para entregar lo robado a la persona o personas que le habían contratado. Luego, supongo que pensaría reunirse con la tal Betty.

—Entonces ha sido asesinato. Le pagaron con la muerte.

—No sería de extrañar.

Glenda Horton se separó de mí y comenzó a impartir órdenes para que todo su equipo empezara a trabajar sobre los tres cadáveres, tratando de encontrar alguna pista que les devolviera al buen camino.

Un oficial me llamó y acudí a su mesa. Presté mi declaración, que él mecanografió. Por último me pasó el impreso para que lo rubricara.

Me ponía en pie cuando Glenda Horton se acercó a nosotros, de nuevo con el bolso colgado del hombro, con aire activo, dispuesta a ir a algún lado.

No me equivoqué.

—Voy a visitar a Joseph Sands, el jefe de laboratorio de la «Argos» —me dijo—, Ha llamado diciendo que tiene algunas ideas sobre el asunto de Phil Hyams.

—Ajá.

—Mis hombres están todos ocupados. ¿Quiere acompañarme?

—¿Colaboración?

—Pero soy yo quien lleva el caso.

—Okey.

Tuvimos que trasladarnos hasta el imperio industrial de Harry Watt, emplazado cerca del aeropuerto de Linden, ya en el estado de New Jersey. El lugar estaba ex-traordinariamente cercado y había que pasar un riguroso control, como si de un área de pruebas nucleares se tratara. Uno de los dos hombres de la garita telefoneó y al otro lado de la línea le dieron el visto bueno para que nos franquearan el paso.

Llegamos a un espacioso parking, antesala de los edificios y las naves. Allí ya nos esperaba una mujer pelirroja, de unos treinta años, de rostro sensual y cuerno armonioso.

Se cubría con una bata blanca y de inmediato nos estrechó la mano con sonrisa amigable.

—Soy Lana Hamilton, la secretaria particular de míster Sands. Hagan el favor de acompañarme.

Penetramos con ella en un recinto funcional, aséptico. El despacho del director se encontraba al final de un largo corredor, tras una puerta de madera de roble.

Joseph Sands era un hombre de rostro sanguíneo, ojos pardos y nariz achatada. Poseía una buena estatura y una edad que frisaría los cincuenta años. Se puso en pie nada más que entramos, alargándonos su diestra.

—Celebro que hayan venido con rapidez —dijo, y tras las presentaciones de rigor supo que yo no era policía, por lo que se mostró un poco sorprendido.

—Pero ha intervenido directamente en el caso —agregó en seguida Glenda Horton.

La secretaria pelirroja permanecía al margen. Joseph Sands le dirigió una rápida mirada.

—Puede retirarse, Lana.

Lo hizo silenciosamente.

—Ustedes tomen asiento, por favor.

Luego nos invitó a fumar. Ambos aceptamos.

—Les he llamado yo porque el señor Harry Watt atraviesa un difícil momento —

comenzó a decirnos—. El se había abstenido de encender un cigarrillo. Por la cara que puso al recibir las primeras bocanadas de humo de Glenda y mías adiviné que no le gustaba el tabaco—. Además de todo este embrollo, tiene que soportar la penosa situación de su mujer.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Glenda Horton, con curiosidad, tal vez por tratarse de otra persona de su mismo sexo. A mí me traía sin cuidado. Me interesaba mucho más lo que tenía que comunicarnos aquel hombre.

—Parece ser que está algo trastornada de los nervios, por lo que él me ha explicado. Le da por decir tonterías y chillar. En fin, ya sabe cómo son estas cosas de desagradables.

Pobre Jennifer. Siempre ha sido una mujer muy inquieta. Tal vez tengan que recluirla —

meneó la cabeza de un lado a otro, con pesar—. Pero no es de esto de lo que quería hablar. Se lo he expuesto para que sepan por qué he tomado yo la iniciativa. El señor Watt ha delegado en mí.

—Perfecto —asintió Glenda Horton, soltando dos chorritos de humo por las fosas nasales—. ¿De qué se trata?

—He estado pensando a quién podía beneficiar este robo de la fórmula. Phil llevaba el trabajo muy adelantado. Ahora cualquier químico del tres al cuarto podrá concluirlo...

—Lo que no comprendo —tercié, interrumpiéndole y recabando su atención, pues hasta el momento sólo hablaba mirando exclusivamente a Glenda Horton— es cómo permitían que Phil Hyams trabajara en su finca...

—Eso era imposible de prohibir. Phil era un hombre muy singular. No se le podía tener aquí recluido durante sus trabajos de investigación, de gran envergadura. Por otro lado, si él quería seguir su labor en su casa no podíamos tener un vigilante perpetuo sobre él que se lo impidiera. Algunas veces lo discutimos con él. Se enfadaba mucho. Y amenazaba. No era cuestión de perder a un hombre de su valía, ¿me entiende?

Asentí.

—Desde luego —prosiguió—, aquí nunca se hubieran atrevido a dar el golpe. Pero ya le he dicho que Phil era un tipo especial y había que aguantar sus excentricidades. Sabíamos que corríamos un riesgo.. —se encogió de hombros—. Por otro lado jamás pensamos que pudiera cometerse un crimen por una fórmula de una nueva materia plástica.

—Mucho nos tememos que había algo más —intervino de nuevo Glenda Horton.

—¿Qué quiere decir? —proyectó hacia adelante su busto el jefe de laboratorio, interesado.

—La situación ha cambiado bastante desde la última vez que hablamos, esta madrugada.

Seguidamente le puso al corriente de cuanto había acontecido durante el día.

—¿Está sugiriendo que había algo más en la caja fuerte de Phil?

—Sí.

—Oh, no lo puedo creer.

—Estamos convencidos de que el crimen no se cometió por la fórmula, sino por lo otro

—Pero, ¿qué otra cosa podía tener de interés Phil?

—La razón por la que nos telefoneó.

—Cuando usted me comunicó eso, pensé que tal vez lo había hecho porque había observado algo sospechoso y tuvo miedo. Encontrándose solo..

—No creo.

—Eso complica aún más las cosas —comentó, con el semblante preocupado—. Yo pensaba haber hallado una posible solución. Por eso les telefoneé.

—¿Cuál?

—James Warren.

—¿Quién es?

—Durante un tiempo fue un duro competidor nuestro. Hace un año aproximadamente se pudo, descubrir que su empresa había copiado una patente nuestra, gracias a la honrada declaración de uno de sus empleados. Hubo un juicio y de resultas de éste fue a la quiebra. James Warren juró que las cosas no quedarían así. Por tanto, creo que es un enemigo a considerar. ¿Por qué no puede ser el artífice de alguno de estos golpes?.

Se hizo un largo silencio. Glenda Horton consideraba la posibilidad, mientras yo me mantenía en un tono más bien escéptico. El jefe de laboratorio esperó alguna respuesta.

—En estos momentos no tengo nada a lo que aferrarme —dijo al fin ella—. Creo que no sería mala idea cambiar impresiones con ese tal James Warren.

Nuestro interlocutor ensanchó su sonrisa.

—Estoy seguro de que él tiene algo que ver con todo esto. No se me olvidan sus amenazas.

—¿No tiene alguna otra sugerencia? —preguntó Glenda Horton.

—No. Llevo toda la mañana pensando en el asunto... y eso es lo único que se me ha ocurrido.

—También hay que tener en cuenta otra cosa —intervine nuevamente.

Los dos me miraron.

—Las personas que actuaron, tanto Tom Lang como los dos matones, sabían que había algo en la caja fuerte. ¿Cómo habían tenido noticias de ello?

—¿Está insinuando que alguien de aquí es...? —Joseph Sands no terminó la pregunta, borrando su sonrisa. Por un momento unas chispitas de indignación brotaron de sus ojos.

—Bueno, yo sólo digo que ellos sabían que lo que buscaban estaba allí.

—Lo de la fórmula no era difícil de imaginar —replicó Joseph Sands—. Tenga en cuenta que Phil tenía por costumbre pasar los fines de semana en su finca de la playa, casi siempre trabajando en su

laboratorio particular. Y las personas interesadas en el robo

supongo que le vigilarían estrechamente, para conocer todas sus costumbres. Además, si había otra cosa aparte de la fórmula, y era eso lo que sobre todo interesaba, aquí nadie podía tener conocimiento. Vamos, ni siquiera sabemos de qué se trata...

—Creo que por este camino poco vamos a sacar en claro —se levantó de su asiento Glenda Horton, apagando el cigarrillo, totalmente consumido, en el cenicero.

Yo la imité.

—¿Conoce usted la dirección de James Warren? —le preguntó Glenda.

—Pídasela a mi secretaria. Estará en el fichero.

—Gracias.

—Desde luego, me tienen a su entera disposición —nos dijo como despedida.

La pelirroja Lana Hamilton nos atendió con diligencia, aunque tardó algo de tiempo en dar con lo que le habíamos solicitado. Ella se excusó con una sonrisa, aduciendo que llevaba pocos meses en el puesto.

Luego, nos acompañó hasta el parking, en silencio.

—¿Qué piensa de todo esto? —me preguntó Glenda Horton, ya por el camino. Ibamos en su coche oficial y hacia un instante había establecido línea con el Police Department para interesarse por el trabajo de los detectives, pero éstos- todavía no tenían nada

—La verdad es que estoy hecho un lío. Está claro que esos dos matones obraban por cuenta de alguien y querían apoderarse de unos documentos de los que no tenemos idea.

Por otro lado, estaba Tom Lang, posiblemente otro trabajador por cuenta ajena, del cual ni siquiera sabemos por qué se interesaba: la fórmula, los documentos o las dos cosas. Lo único cierto es que ha muerto de una forma sospechosa y ni la fórmula ni los documentos han aparecido con él. ¿Quiénes son las personas que se encuentran detrás de todo esto?

¿Tienen todas el mismo interés común? —dejé pasar unos instantes de silencio y luego agregué—: Sinceramente, no se me ocurre nada, ninguna respuesta.

Entramos en Manhattan gracias al Lincoln Tunnel, ambos en silencio, cada uno meditando por su cuenta sobre el caso. James Warren vivía en el distrito de Chelsea, por lo que Glenda giró pronto a la derecha, saliendo a la Tenth Avenue. El sol de la tarde iba poco a poco palideciendo.

Antes de llegar al domicilio de James Warren nos llegó por el radioteléfono una noticia inesperada: Debra Winter, una vez se recuperó en el hospital, se había vuelto a escapar, sin rumbo conocido.

CAPITULO X

Lo primero que hice fue intentar localizar a sus padres. No estaban en casa, pero sí todavía en el hospital. Se puso al aparato el señor Winter.

—¡Hombre, señor Borman...! —exclamó como si fuera un alivio o una esperanza escuchar mi voz.

—Me acabo de enterar de lo de Debra. ¿Cómo ha sido exactamente?

—Bueno, toda la culpa la tuvieron los policías —me explicó casi atropelladamente—.

En cuanto supieron que ya había recobrado el pleno raciocinio, se presentaron para machacarla con sus preguntas. Debra comenzó a alterarse, sobre todo cuando escuchó las acusaciones que recaían sobre Alan Jasper, que ahora resulta se llama Tom Lang. De pronto se puso a chillar que todo era falso, que Alan no era un ladrón ni un asesino, que todo el mundo estaba equivocado, que alguien más y allegado a Phil Hyams podía haber estado también esa noche allí... Total, se puso tan nerviosa que el doctor rogó a los policías que salieran del cuarto y la dejaran descansar. Se quedó sola y no se le ocurrió otra cosa que descolgarse por la ventana que da sobre una pequeña terraza del piso de abajo, un salto de dos metros como mucho. Por allí escapó.

Robert Winter hizo una pausa para tomar aire. Se le notaba verdaderamente excitado.

—Fue imposible evitar que la policía lo supiera —prosiguió más tarde—. Estaban allí, de vigilancia, y los del hospital en seguida se lo comunicaron. No sé qué va a pasar, no sé qué va a pasar... A mi mujer

le han dado un calmante. ¿Qué le sucede a nuestra hija? ¿Qué hemos hecho nosotros para tener que sufrir este tormento?

—Cálmese, señor Winter, cálmese usted también.

—Señor Borman, ¿hará el favor de ponerse de nuevo en movimiento, y buscarla? No me fío mucho de la policía, no saben tratar a las personas... Creen que todo el mundo es un criminal. Le pagaré mucho más. El dinero no me importa.

—No se preocupe, señor Winter. Estoy tratando de solucionar este asunto. Creo que cuando sepamos la verdad de todo, su hija ya no se comportará alocadamente. Mucho me temo que ella tampoco sabe mucho del caso y por eso actúa de esa manera, como nosotros, tal vez un poco más a locas... Compréndalo, señor Winter, son los bandazos propios de una muchachita desorientada y que al mismo tiempo que no quiere romper de buenas a primeras el sueño ideal que se había creado. Costará mucho hacerle ver la verdad, posiblemente necesite descubrirla ella misma, impresionarse aún mucho más de lo que se ha impresionado ahora. Está en una edad difícil y ésta es casi seguro su primera decepción. Una joven de diecisiete años no puede admitirla a las primeras de cambio, ha de luchar...

—Sí, sí, entiendo eso, pero tengo miedo de que le suceda algo irreparable.

—Se hará todo lo posible, señor Winter. Usted y su mujer hagan el favor de irse a casa.

Es mejor que esperen allí. A lo mejor Debra telefonea, o aparece por allí si no consigue su objetivo. Yo estaré en contacto con ustedes.

—De acuerdo, señor Borman. Gracias.

—Colgué. Glenda Horton había escuchado todas mis palabras, ya que se hallaba en el interior de la cabina telefónica conmigo. Comentó:

—Esto cada vez se complica más.

—Hay que ser optimistas —repliqué—. Tal vez nos estemos aproximando a! final.

Hice intención de salir, pero su agresivo busto me

lo impidió, al no moverse de su sitio. El tropezón provocó que ella quedara comprimida entre la puerta y yo.

—Al menos —dije, mientras mi rostro descendía hacia el suyo—, nosotros sí nos estamos aproximando.

Luego sellé su boca con mis labios sin que ella se opusiera. Una corriente ardorosa nos envolvió, convirtiéndose la caricia en algo más profunda.

De pronto, alguien golpeó en el cristal de la puerta y rompió todo el encanto.

Alcé la mirada y vi a una viejecita de rostro huesudo que hacía gestos de impaciencia.

Salimos.

—Ya son mayorcitos para estas cosas... —nos recriminó al tiempo que se introducía en la cabina—. ¡Gente...!

Glenda y yo nos quedamos mirando con una sonrisa. Ella me rodeó con un brazo y comentó:

—Cuando yo sea como ella, también tendré envidia de escenas como ésta. A veces pienso que el tiempo es asquerosamente implacable y eso me lleva a cometer alguna que otra locura.

—Espero que te acuerdes de mí, en esos momentos.

Habíamos comenzado a caminar hacia el portal del edificio donde vivía James Warren, próximo a la Ninth Avenue. El conserje nos confirmó que el señor Warren se hallaba en su domicilio. Planta cuarta, puerta E.

Nos abrió James Warren en persona. Un hombre robusto, con más de medio siglo de existencia, pelo entrecano, ojos oscuros y mandíbula cuadrada. Vestía una sencilla ropa de estar por casa e iba calzado con unas babuchas marrones.

—Ustedes dirán...

Quien dijo fue Glenda, la cual se encargó de las identificaciones. James Warren no mostró ninguna sorpresa. Incluso me dio la impresión de que nos esperaba.

Se hizo a un lado y nos franqueó el paso. Poco después nos acomodábamos en un pequeño y confortable living. El dueño de la casa confirmó mi sospecha al momento, cuando cruzó una pierna

sobre la otra y dijo:

—Supongo que vienen por lo sucedido a Phil Hyams...

Glenda Horton arqueó una ceja.

—¿Ya se ha enterado?

—Sí. Tengo ciertos contactos en el mundo de los plásticos. En seguida me lo comunicaron. Además, conocía de vista a Phil Hyams. Antes, hace tiempo, cuando las cosas me iban bien, en alguna ocasión le propuse que trabajara para mí. Pero volviendo ahora; imaginaba que pronto vendrían por aquí. ¿Alguien que quiera dañar a la «Argos»? se habrán preguntado. James Warren: seguro que ésa ha sido la conclusión.

—Realmente no se equivoca mucho —confesó Glenda.

James Warren sonrió con desgana,

—Parece ser que usted, tras el lío que tuvo con la «Argos», profirió amenazas —agregó ella,

—Es cierto —reconoció sin alterarse, muy sereno. Daba la impresión de que lo tenía

todo meditado—. Pero no hay que mal interpretar las palabras. Dije que trataría de descubrir la verdad, la trampa que me habían tendido de una forma vil y sucia. Tal vez lo dijera de una forma más exagerada en aquellos momentos, comprenda que estaba muy alterado...

Entonces tomé la palabra para preguntar:

—¿Cuál es su versión de aquellos hechos?

—Simplemente fui engañado como un tonto, por exceso de confianza. Mi jefe de laboratorio, Lewis Arnold, me convenció de la total novedad que suponía un nuevo material que había elaborado. Llevaba muchos, muchísimos años trabajando para mí, por tanto creí a ciegas en él. Luego resultó que era un plagio de una patente recién sacada por la «Argos». Nos enrollamos en un juicio, ya que ambas salieron prácticamente al mismo tiempo, a ver si alguno de los dos había copiado del otro, había realizado espionaje..., y yo me llevé la peor parte, sobre todo cuando Lewis Arnold manifestó que yo le había confesado mi compra a un intermediario de dicha patente, pero que no pasaría nada. En fin, un cúmulo de mentiras. Era su palabra contra

la mía, algo entre los dos; pero la suya fue de más peso por cuanto reconocía el fraude en un hipócrita gesto de arrepentimiento.

Resultado de todo es que casi me vi en la ruina. Ahora malvivo como puedo.

—Pero amenazó —insistí.

—Ya lo especificué antes. No amenacé con matar a nadie. Amenacé con descubrir la verdad.

—¿Y cuál es para usted esa verdad?

—Muy sencilla. Harry Watt compró a Lewis Arnold. Por muy fiel que sea un hombre a un patrón o una causa, siempre tendrá un precio para la traición. Eso lo aprendí demasiado tarde. Los de la «Argos» convencieron a Lewis Arnold y le dieron los datos del nuevo material que iban a sacar para que él me lo propusiera como cosa suya y fuera aceptado, siempre procurando que en nuestras conversaciones no hubieran testigos. Yo les hice el juego. Ellos descubrieron el «pastel» que habían montado y cayeron sobre mí con la ayuda de Lewis Arnold, que declaró en contra mía. Logré salvar la cárcel, pero me quedé sin nada. Me arrebataron propiedades y dinero.

—¿Y el tal Lewis Arnold?

—Yo pensaba apretarle las clavijas, pero él en seguida decidió emigrar a Chicago, donde tenía una hija trabajando. Lo malo es que nunca llegó a la ciudad. Sufrió un accidente de automóvil por el camino, a la altura de South Bend, en el estado de Indiana.

Murió en el acto. Yo me trasladé a Chicago, donde se celebró el entierro, y me entrevisté con su hija, pero ésta no sabía nada de los asuntos de su padre. Creo que lo único que conseguí fue preocuparla. «Porque yo tengo el convencimiento de que Lewis Arnold murió asesinado».

—¿Cuál fue el informe de los de Tráfico?

—Accidente por pérdida del líquido de frenos. Era noche cerrada y al tomar una curva en descenso se salió de la carretera y rodó por un barranco de varios metros.

—Ajá.

—A partir de entonces las cosas se me han hecho más difíciles. Y por

otro lado no cuento con muchos medios.

Glenda Horton me relevó:

—Usted ha reconocido antes que Phil Hyams era al menos conocido suyo.

—En efecto.

—¿Había hablado últimamente con él?

—No. La verdad es que desde que me quedé sin mi industria ya no he vuelto a tener contactos con él.

—¿Ha oído hablar de Tom Lang?

—En absoluto.

—¿O de Alan Jasper?

—Tampoco.

—¿Cómo se enteró de lo de Phil Hyams?

—Algunos de mis ex empleados trabajan ahora para la «Argos», y siguen teniendo contactos conmigo. Me llamaron para comunicarme lo sucedido.

—¿Dónde estuvo esta noche pasada?

—Aquí, en casa. No suelo hacer vida nocturna. Soy viudo, no tengo amante y carezco de medios económicos fuertes. A duras penas mantengo esta casa.

—¿En qué trabaja?

—Soy gerente de una firma comercial que ha visto la luz este año. Hasta que se asiente, las vamos a pasar moradas. No tiene nada que ver con los plásticos, ni quiero que se vea involucrada en esto.

—¿Odia a Harry Watt?

—Ahora ya no. Lo único que deseo es que se sepa la verdad y se limpie mi nombre, devolviéndome todo lo que perdí. Pienso seguir luchando por eso.

—¿Y qué ha conseguido hasta ahora? —intervine de nuevo en la

conversación.

—Ya les dije que poco. Primeramente confiaba en Lewis Arnold, era la pieza fundamental. Luego no podía permitirme el lujo de contratar un detective privado que me tuviera al tanto constantemente de los pasos de Harry Watt. Lo que he hecho, entonces, ha sido mantener mis viejas amistades, seguir charlando con ellas, sonsacarles cosas, un poquito aquí, otro poquito allá, siempre con el oído alerta. Desde luego, no he conseguido apenas nada de mi asunto, del que desgraciadamente parece ser que la gente se ha olvidado. Pero he logrado averiguar otras cosas sobre Harry Watt que en un tiempo no muy lejano le pueden hacer daño, cuando las cosas sean más concluyentes...

—¿De qué se trata?

—Precisamente desde lo que me sucedió a mí, parece ser que Harry Watt mantiene estrechos lazos con el Sindicato. Su empresa está protegida por éste. Michael Brolin, la actual mano derecha de Harry Watt, más guardaespaldas que ejecutivo, pertenece al Sindicato. En Citas últimas semanas estoy procurando obtener la mayor información posible sobre este tema. Si hubiera algo concluyente, podría denunciarlo.

—Eso sería venganza.

—No. Sería descubrir una de las suciedades de Harry Watt, sería encontrar una razón por la que absorbe sospechosamente tantas industrias pequeñas, que venden como asustadas. Si eso saliera a la luz con pruebas, entonces, tirando del hilo, tal vez apareciera también mi asunto, y otras muchas cosas más...

—Desde luego, ya observo que no le cae simpático Harry Watt.

—Es un tipo de cuidado. ¿No lo conoce?

—No.

—Hágale una visita y verá que tengo razón. La única cosa decente que le rodea es su mujer.

—Ahora parece ser que está muy preocupado por ella —terció Glenda Horton—.

Según nos han comentado, la esposa del señor Watt está enferma de los nervios.

—No me extraña, viviendo a su lado. No sé por qué le sigue aguantando. Pero en fin, eso ya son cosas que pertenecen al sumario de la intimidad del matrimonio. ¡Por cierto!, no les he ofrecido nada de beber. Estoy mal, pero aún tengo para algunas bebidas —

sonrió.

—No hace falta que se moleste —se puso en pie Glenda—. Ya nos vamos.

—¿Y usted no tiene alguna idea de lo que ha sucedido? —pregunté sin aún moverme del sitio—. ¿Quién puede andar interesado en los trabajos de Phil Hyams?

—Sólo se me ocurre una cosa: espionaje industrial.

Pero llegar al crimen por eso —puso una cara escéptica—. Claro que no sé la importancia que podían tener las investigaciones de Phil Hyams. Si era algo de millones...

—No sé si lo sabrá, pero también creemos que Phil Hyams tenía en su caja fuerte algo tan importante o más que esa fórmula. Precisamente fue eso lo que le costó la vida. Sus asesinos sólo hablaron de documentos. Pensaban encontrarlos en la caja fuerte, pero alguien más hábil, sospechamos que un tal Tom Lang, especialista en abrir cajas fuertes, les ganó la mano, limpiándola. Ellos, los asesinos, se enfurecieron, destruyeron algunas habitaciones de la finca y al final mataron de dos balazos a Phil Hyams. ¿No se le ocurre a usted qué otra cosa podía tener Phil Hyams de suma importancia?

—En absoluto. Ya le he dicho que hacía meses que no hablaba con él.

—¿Ni siquiera alguna sugerencia?

—Phil Hyams, si ustedes han investigado algo sobre él, ya lo sabrán, sólo tenía dos amores: la química y las mujeres. Es lo único que puedo decirles. Algún otro asunto profesional... o algún devaneo sentimental.

—Habrá que investigar mucho más a fondo a todos los implicados —dijo Glenda Horton, con los labios apretados.

Yo di una cabezada de asentimiento y me levanté. James Warren nos acompañó hasta la puerta deseándonos toda clase de suerte.

—Si yo logro saber algo interesante al respecto, tengan por seguro que se lo comunicaré.

Cuando llegamos al coche de Glenda, el radioteléfono estaba repicando insistentemente. Era uno de los detectives. Ya tenían los primeros frutos. Los matones habían sido, por fin, identificados. Frank Gorgan y Gordon Holliday. Ambos con una larga carrera delictiva. Actualmente se les consideraba inscritos en la nómina del Sindicato.

—¡El Sindicato! —exclamó Glenda, y los dos nos miramos significativamente.

CAPITULO XI

Llamé a los Winter para saber si ya se encontraban en casa y si habían tenido noticias de Debra. Estaban en su domicilio, sí, pero de su hija no sabían nada. Continuaban tan nerviosos como antes, tal vez más.

Seguidamente marqué el número de Helen Woods. La noche ya había caído sobre la ciudad, envolviéndola en su manto oscuro. Tuve suerte. La chica ya había llegado.

Rápidamente la puse al corriente, le pedí ayuda para localizar a Debra, y, aunque no sabía nada de su paradero, prometió que haría todo lo posible, moviendo a sus amistades.

Cuando regresé junto a Glenda, ésta ya había obtenido la dirección de Harry Watt.

Había llegado el momento de conocer al gran industrial, cambiar impresiones con él, tratar de averiguar cuál era exactamente su relación con el Sindicato. ¿Qué tenía éste que ver en el asunto?

Harry Watt vivía en una finca sita en el barrio de West New Brighton, en Richmond, muy próxima a la Bement Avenue, en una zona enteramente residencial. Era un lugar ideal para vivir, se respiraba tranquilidad y sosiego.

Un mayordomo con cara de palo nos abrió la puerta y nos condujo, una vez le dijimos a lo que veníamos, hasta una suntuosa sala. Allí nos quedamos esperando cinco largos minutos, curioseando los cuadros de las paredes y los objetos en plata y oro. Por fin una puerta se abrió y un hombre alto y delgado, de unos treinta y cinco años, con los aladares plateados, entró con paso firme.

—Señores —dijo muy ceremoniosamente, haciendo una leve inclinación de cabeza—, disculpen la espera. Mi nombre es Michael Brolin y soy el asistente del señor Watt. Este no puede atenderles en estos momentos, pues ha de estar al lado de su esposa. Ella se encuentra en mal estado y le necesita. Actualmente está atravesando una fuerte crisis de nervios.

—Señor Brolin —dijo Glenda—, lamento parecer grosera, pero deseamos hablar personalmente con el señor Watt.

—Le digo que no se encuentra en condiciones...

—Y yo le digo que queremos hablar con él.

—Todo lo que él les pueda decir, se lo puedo decir yo también.

—Mire, señor Brolin, éste es un asunto muy grave. Han asesinado a un químico de la empresa de su patrón y una fórmula y unos documentos andan por ahí en manos de alguien que desconocemos. Tenemos que hablar con él y conocer sus opiniones personales. No puede excusarse y desentenderse totalmente del caso. Aunque sean cinco minutos...

Había tal firmeza en las palabras de Glenda Horton que Michael Brolin no replicó nada más. Sólo le dirigió una furibunda mirada, luego giró sobre sus talones y abandonó la estancia.

Ahora la espera fue de diez minutos largos. La puerta de la izquierda, junto a un mueble biblioteca, volvió a abrirse, dando paso a un hombre de mediana edad, corpulento, de facciones angulosas. La primera impresión que uno sacaba al verle era que

estaba nervioso y preocupado. Su mirada expresaba una profunda consternación.

—Sentimos lo de su esposa, señor Watt —le dijo Glenda mientras le estrechaba la mano—. Deseamos que se reponga cuanto antes.

—Sí, sí, gracias —murmuró. Parecía un poco alejado de cuanto le rodeaba. Como él no tomaba asiento ni nos lo ofreció, permanecemos todos de pie.

—Se trata del caso de Phil Hyams —dijo Glenda.

—Una desgracia, una desgracia —musitó como un autómata.

—Tenemos una noticia para usted; hemos dado con sus asesinos.

De pronto, se espabiló.

—¿Cómo? --exclamó con una fortaleza de voz que parecía imposible que hubiera salido de la misma garganta que unos instantes antes semejaba estar a punto de extinción.

—Eran dos hampones, dos criminales a sueldo. Frank Gorgan y Gordon Holliday.

—¿Han hablado? —preguntó apresuradamente—. ¿Han dicho por qué lo hicieron?

—Desgraciadamente, murieron sin dar muchas explicaciones. Lo que sí parece estar claro es que llegaron demasiado tarde a la finca de Phil Hyams. Alguien antes ya había vaciado la caja fuerte. Le arrancaron el nombre de sus anteriores visitantes a Phil Hyams, así como el lugar hacia donde pensaban dirigirse, y luego le mataron. Más tarde dieron con el motel donde se encontraban la ahijada de Phil Hyams y un amigo suyo. Este había huido. El detective Borman dio con ellos y en la refriega de disparos murieron los dos.

—Pero antes dijeron algunas cosas, no muchas, como ya le adelantó la señorita —

continué yo—. Esos asesinos no buscaban la fórmula que ustedes han echado en falta, sino unos documentos..., que no hallaron. ¿Qué documentos podía esconder Phil Hyams en su caja fuerte?

—No... no lo sé —balbuceó.

—Era algo que posiblemente pensaba entregar a la policía, pues momentos antes la había telefoneado requiriendo su presencia.

Harry Watt rehuyó nuestras miradas, casi dándonos la espalda y diciendo:

—Miren, señores, no sé nada de todo este lío. Es lamentable cuanto ha ocurrido y estoy verdaderamente sorprendido, pero no sé nada. Además, justo en estos momentos atravieso un mal momento, pues mi mujer se halla muy delicada, y no quiero saber nada del negocio ni de cuanto le rodea. Todo lo he dejado en manos de mis hombres de confianza. Ellos les atenderán en todo cuanto necesiten. Por favor, permítanme retirarme...

Glenda Horton me dirigió una mirada desesperada al observar cómo Harry Watt iniciaba la retirada.

—Aún no hemos terminado, señor Watt —dije rápidamente.

—El señor Brolin continuará atendiendo. Mis cinco minutos ya han pasado.

—Me temo que tendrá que esperar un poco más —me coloqué ante él, cerrándole el camino.

Harry Watt levantó la barbilla, altivamente. Sus ojos despidieron chispas de indignación.

—Le recuerdo que está en mi casa, señor.

—Lo sé. Y ahora, escúcheme. La señorita Horton Se ha comunicado que hemos dado con los asesinos de Phil Hyams, pero lo que aún no le ha dicho es que éstos han sido

identificados.

—Sí, me dijo sus nombres.

—Pero hay más. Ambos pertenecen a la nómina del Sindicato.

—No... no le entiendo.

—Trabajan para el Sindicato.

—Bueno, gente así... Ya se sabe...

—Es que se da una circunstancia muy curiosa, señor Watt. Ultimamente se comenta por ahí que usted mantiene estrechas relaciones con el Sindicato.

Por supuesto, no iba a comunicarle quién me lo había dicho. El dueño de la casa, al escuchar esto, palideció como un muerto.

—¡ Me está insultando! —barbotó.

—Y queda aún más. Ese hombre suyo de confianza, Michael Brolin, pertenece al Sindicato.

—¡Mentira! —dijo sin ninguna convicción.

—Todo esto resulta muy sospechoso y queremos que usted nos lo aclare.

—¡ No tengo nada que decirles! ¡Llamaré, si es preciso, a mis abogados!

Justo en ese instante un alboroto nos llegó desde el exterior, una mezcla de gritos femeninos y masculinos junto con carreras. La puerta por la que habíamos entrado se abrió y apareció, inopinadamente, ante nosotros nada menos que Debra Winter, gritando:

—¡Quiero hablar con la señora Watt!

CAPITULO XII

Por detrás de ella surgieron el mayordomo y Michael Brolin. El primero componía un rostro de circunstancias. El otro parecía una fiera rabiosa que ahora se encontraba en, un momento de vacilación, sin saber si debía abalanzarse o no.

—Lo siento, señor Watt —se disculpó quejumbrosamente el mayordomo—. Ya le dije que la señora se encuentra enferma, pero ella se empeñó. Cuando ya iba a cerrarle me dio un empujón y se coló.

Harry Watt parecía un conejo atrapado en un cepo. Debra Winter tras reponerse de la sorpresa que le había producido encontrarse allí con Glenda Horton y conmigo volvió a la carga de nuevo:

—¡Quiero hablar con la señora Watt!

—Ella está enferma, Debra —me aproximé a la joven—. No puede atenderte. ¿Qué quieres de ella?

—¿Enferma?

—Sí. De los nervios. Lleva ya unos días aquejada de esa dolencia, ¿no es así? —mire a Harry Watt.

El dueño de la casa asintió.

—¡Un cuerno! —exclamó Debra Winter—. ¡Hace dos días la vi tan campante con mi tío!

—Pero, ¿es que aún no lo saben? Creí que cuando ya estaban aquí es porque lo habían averiguado. ¡La señora Watt era la actual amante de mi tío!

La noticia cayó como una bomba sobre la estancia. No se oyó ni el vuelo de una mosca.

—¡Y no me creo lo de esa enfermedad! ¡Quiero hablar con ella!

—¿Por qué? —pregunté.

—Todos le echan la culpa a Alan del robo de la caja fuerte de mi tío. Otra persona de toda confianza de mi tío pudo estar también allí esa noche: ella, y mi tío tal vez no la delató a esos asesinos para protegerla, dado que era su amor del momento. ¡Ella pudo haber robado! ¡Que salga y confiese!

—¡Quieto! —tronó de pronto la voz de Glenda Horton.

Yo estaba mirando fijamente a la joven Debra, escuchando casi absorto sus palabras.

Glenda, en cambio, más profesional y fría, había estado vigilando a los demás. Michael Brolin hizo un movimiento sospechoso, llevándose una mano a la axila, pero Glenda le ganó, extrayendo su revólver del bolso. Con él, en estos momentos, obligaba a que Harry Watt, Michael Brolin y el mayordomo se alinearan frente a ella.

—Clive, regístralos.

Lo hice con mucho gusto. El único que iba armado era Michael Brolin. Una automática del 38.

—Quédate vigilándolos. Yo voy a ver si encuentro a la señora Watt y aclaramos este embrollo de una condenada vez. ¡Eh, muchacha! —le gritó a Debra, pues ésta iba a echar a correr—. ¡Tú, aquí, quieta como las niñas buenas! ¡Ya has dado bastante trabajo!

Debra obedeció a regañadientes. Mientras Glenda buscaba a la señora Watt, la joven me estuvo calentando la cabeza con la inocencia de Alan Jasper. No encontré ningún momento apropiado para confesarle que estaba muerto. Ella continuó con su machaconeo hasta que Glenda regresó acompañada por una mujer de treinta y cinco

años, cabellos castaños, ojos claros y rostro sensual. Poseía un cuerpo bastante escultural, pero en aquellos momentos ofrecía todo el aspecto de la mujer maltratada, destrozada. Desde luego, no parecía que sufriera en absoluto de los nervios.

—La tenían atada y amordazada en el dormitorio —dijo Glenda Horton—, desde ayer por la tarde.

Esto último lo recalcó mucho y Debra saltó:

—¡No es posible! ¡Ella debió estar en casa de mi tío!

—Basta ya, muchachita —le cortó secamente Glenda Horton—. Haz el favor de mantenerte quieta y callada.

La señora Watt miraba con cierto miedo aún a su marido y los demás.

—Explíquenos todo, señora —le rogó Glenda.

—Phil y yo nos queríamos —dijo con profundo dolor en sus ojos, algo húmedos—. Phil estaba dispuesto a sentar la cabeza por mí, casándose

conmigo. Le pedí el divorcio a mi marido, ya que sólo era una muñeca decorativa para él, pero se negó en rotundo. Phil y yo no sabíamos que hacer hasta que el otro día, casualmente, se me ocurrió curiosear en la caja fuerte de mi esposo, que se la había dejado abierta. Y cuál fue mi sorpresa al encontrar unos papeles en los que se cita el pacto establecido entre mi marido y el Sindicato, a raíz de la ayuda que éste le facilitó en la muerte de un hombre llamado Lewis Arnold. Me hice con ellos sin pensármelo mucho y me puse en contacto con Phil. Yo propuse que lo chantajeáramos, así obtendría el divorcio y me podría casar con él. Phil era bastante recto para estas cosas. Dijo que lo mejor sería entregar todo a la policía. Lo guardó en su caja fuerte y me prometió que en cuanto terminara su trabajo, les llamaría para que acudieran. Yo regresé a casa para no despertar sospechas, pero ellos ya habían echado en falta los documentos y esa bestia de Michael Brolin me torturó hasta arrancarme la verdad. ¡Yo sentencié al pobre Phil! —rompió ahora en llanto—, ¡ Pero no podía aguantar sus...!

Se dejó caer abatida en una butaca, ocultó su rostro entre las manos;

—Bien, señor Watt —me acerqué a él, con la pistola de Brolin en mi diestra—, ¿por qué no nos aclara más las cosas?

—Yo...

—No tiemble, por favor. Supongo que su hombre de confianza Michael Brolin, se encargó de buscar a esos dos, Frank Gorgan y Gordon Holliday, para que fueran a la finca de Phil Hyams y recuperaran los documentos extraídos por su esposa, a la que retenía en casa alegando que estaba loca. ¿Es así?

—Sí —reconoció muy quedamente.

—¿Y dónde están los documentos y la fórmula?

—Los tiene la voz.

—¿La voz? ¿Qué voz?

—Una extraña voz, no sé si de hombre o mujer. Me llamó esta mañana y me dijo que lo tenía todo, documentos y fórmula. También dijo que quería medio millón de dólares, que empezara a reunirlos, que me llamaría esta noche para quedar citados. Eso me des-compuso.

—Es por lo que se encontraba tan mal, tan nervioso, sin ganas de hablar con nadie. Lo de la locura de su mujer no era más que una pantalla. ¿Ha vuelto a telefonear esa voz?

—No.

—¿Ha reunido el dinero?

—Sssí.

—Gran chico. ¿No sabe quién puede ser esa voz?

—No. Por lo que me dijo deduje que su compinche sólo iba buscando la fórmula y se encontró de rebote con los documentos.

—¡Compinche! —chilló Debra, saliendo de su silencio—. /¿Qué compinche?

—El joven que la acompañaba —le respondió Harry Watt—. Sólo la utilizó para llegar hasta la caja fuerte de Phil Hyams.

—;No puede ser! ¡Todo el mundo está contra Alan! ¡Le encontraré y les demostraré que están equivocados!

—El ya no podrá demostrar nada, Debra —lo dije por fin—. Alan Jasper, cuyo verdadero nombre era Tom Lane y había estado en la cárcel por robo, murió esta mañana, poco después de que te abandonara.

Ella me miraba como si fuera un extraterrestre. Barbotó:

—¡Está loco!

—Suponemos —proseguí tras la pausa— que fue a reunirse con su patrón para llevarle todo lo saqueado y que debieron discutir. Tom Lang, alias Alan Jasper, se llevó la peor parte.

Debra Winter, finalmente, reaccionó de una forma silenciosa. No lloró. Giró sobre sus talones y caminó hacia el ventanal, quedando con el rostro pegado al cristal, cara a la oscuridad reinante en la noche.

Entonces, sonó el teléfono.

* * *

Se estableció una gran red policial. Nunca antes noche alguna había tenido Central Park tanta sombra misteriosa, acechante. Se respiraba una gran tensión.

—No cometa tonterías, Harry Watt —le había advertido la impersonal voz, llena de extraños matices—. No recurra a sus amistades del

Sindicato. Si me la juega sucio, la policía lo sabrá todo al instante.

Y la policía lo iba a saber. Para eso Glenda Horton había movido a todos sus peones.

El desconocido chantajista iba a llevarse una gran sorpresa. Acudiría hasta cierto punto confiado, seguro de que su amenaza habría impresionado a Harry Watt, sin saber que todo había terminado ya y que sólo faltaba conocer su identidad.

Todo estaba saliendo según el plan establecido. Harry Watt llegando a la punta norte de The Lake, dejando el maletín dentro de la papelera (el chantajista había demostrado tener poca imaginación), siguiendo su camino tranquilamente, en aquella noche oscura y silenciosa.

Los segundos se desgranaron lentamente. De pronto, una figura envuelta en un gabán gris apareció de entre la espesura, caminando con paso rápido hacia la papelera. Un perro ladró en la lejanía y la figura se estremeció un instante. Luego alargó su brazo y tomó el maletín. Justo en ese instante un millón de linternas parecieron alumbrarla.

Profirió un grito de espanto y Glenda y yo nos sorprendimos al reconocer la faz de la pelirroja Lana Hamilton, secretaria del jefe de laboratorio de la «Argos».

E P I L O G O

Lana Hamilton resultó llamarse en realidad Cynthia Arnold y ser hija del fallecido Lewis Arnold, la muchacha que trabajaba en Chicago. Precisamente tras su conversación con James Warren, durante el entierro de su padre, aquél la hizo partícipe de su teoría y eso marcó hondamente a la mujer. No se lo pensó mucho y se vino a New York dispuesta a vengarse y nada mejor que colocarse en la «Argos» y estudiar las posibilidades. Al ser instalada en los laboratorios y conocer la curiosa personalidad de Phil Hyams, tuvo la idea de hacerse con una fórmula y sacarle a Harry Watt lo que ella consideraba daños y perjuicios. Para ello se buscó un colaborador, que encontró en los bajos fondos. Alguien le recomendó a Tom Lang. Este estaba harto de su trabajo como actor, echaba de menos su auténtica vocación y aceptó al momento. Y llevaron a efecto el plan, pensado y dirigido por ella. Sólo que Tom Lang halló algo mucho más explosivo en la caja fuerte, algo que le afectaba a ella principalmente. Discutió con Tom Lang sobre lo que tenían que hacer con aquellos documentos y parece ser que accidentalmente, al intentar zafarse de las garras de

él, Tom Lang cayó de! mirador. Tenía planeado entregar las pruebas a la policía..., una vez ella ya se hubiera alejado del país con el medio millón de dólares.

Todo esto se le sonsacó en el Police Department, el cual abandonamos cuando ya casi amanecía. Los implicados quedaron enchironados y Debra Winter fue recogida por sus padres. Nos despedimos de ellos delante de mi coche.

—Lo siento, Debra —le dije, cuando estrechaba su mano—. Y procura olvidar.

Ella me miró con aquellos ojos que tanto habían cambiado en los dos últimos días. Ya no eran los .mismos que los de la foto que todavía llevaba en el bolsillo.

—¿Cómo se olvida, señor Borman? —me preguntó con profunda amargura.

Sus padres la alejaron de nosotros antes de que le pudiera dar una respuesta. Tal vez no la había. Nunca se olvida. Las decepciones quedan impresas en nosotros y nos ayudan a aprender a sobrevivir.

Miré a Glenda.

—Creo que me debes una copa en tu apartamento —dije.

Ella seguía observando cómo Debra Winter caminaba entre sus padres, igual que una figura abatida.

—¿Sabes? —me replicó—. Me están entrando ganas de cometer una locura.

Cuando me encaró, sus ojos brillaban.

F I N

¡AHORA sí es posible!
*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.